

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL JUEGO DE LA VERDAD

Adam Surray



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



ADAM SURRAY

EL JUEGO DE LA VERDAD

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.004
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 16.152 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1981

© Adam Surray - 1981

texto



cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1981

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.583 — Asesinos a proa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878 — El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

1.178 — Rencor salvaje.

En Colección PUNTO ROJO:

999 — Sinfonía en negro.

En Colección COLORADO:

1.141 — Escrito con sangre.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

446 — Morir en Kansas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

552 — Pistolero con niño.

Mi forma de bromear es decir la verdad. Es la mejor
broma del mundo.

BERNARD SHAW

CAPÍTULO PRIMERO

Fiesta grande en Malden Road.

En el barrio italiano de Chicago.

El orondo Aldo Cataldi aún babeaba al contemplar a su hija.

La bella Francesca. Con su blanco vestido de novia. Radiante de hermosura. Con un rubor en las mejillas que incrementaba su belleza.

Sí.

Se había sonrojado por el comentario que Giorgio Rizzoli le susurró al oído.

Giorgio Rizzoli, el novio, también babeaba al contemplar a su flamante esposa. Sólo que su mirada era marcadamente significativa. Con vidriosos ojos ya estaba desnudando a Francesca. Imaginando lujurioso el cuerpo femenino.

El vestido de novia, aunque recatado y sencillo, no disimulaba las prominentes curvas de Francesca. Sus senos exuberantes, las ampulosas caderas, el poderoso trasero...

Todo aquello era imposible de ocultar.

—¡Vivan los novios!... ¡Viva santa Rosalía!

Lino Cataldi fue el que vociferó a pleno pulmón. Sin duda ya algo bebido. Ninguna de las familias procedía de Palermo. Todos eran originarios de Nápoles.

De ahí que el grito en honor de santa Rosalía, patrona de Sicilia, quedara fuera de lugar. No obstante fue coreado por todos los presentes.

Todos muy contentos.

Los Cataldi y los Rizzoli.

La comida había sido magnífica. Marco Tarantini se había esmerado. Su restaurante, el mejor de la zona, era famoso por las especialidades italianas. Por eso fue seleccionado para el banquete nupcial.

Entremeses a base de *anche di rane, calamari y gamberi*. Luego *salmoncino al forno carne affumicata...* y *spaghetti*. Fuentes de *spaghetti* en toda su variedad. Junto con bebida abundante.

Una gran fiesta.

El amplio salón del restaurante de Tarantini acondicionado en exclusiva para el banquete. Una longitudinal mesa, la presidencia, al frente. A ambos lados se alineaban mesas y más mesas.

En el centro la pista de baile.

La orquesta corría a cargo del padre de la novia. Cuatro individuos que ejecutaban piezas napolitanas.

Ornella Cataldi ya estaba seca de tanto llorar.

—Por favor, *mamma*... Ya es suficiente.

Ornella contempló perpleja a su marido.

¿Suficiente?

Jamás son suficientes las lágrimas cuando se pierde a una hija. Y Ornella volvió a llorar más ruidosamente. Aldo Cataldi hizo una mueca.

—Déjala llorar, Aldo... Déjala —aconsejó Valerio Rizzoli—. También yo siento un nudo en la garganta. Se aproxima el momento. Giorgio, mi pequeño Giorgio, se marchará con tu hija. Formarán un hogar. Y nosotros... nosotros...

Aldo Cataldi y Valerio Rizzoli se abrazaron llorando desconsolados.

El pequeño Giorgio Rizzoli también parecía emocionado. Y nervioso. Sus manos no estaban quietas. Actuaban furtivamente bajo la mesa.

—Por favor, Giorgio... Contrólate —susurró Francesca, roja como la amapola—. Se pueden dar cuenta...

—¿Por qué no nos largamos ya?

—Aún no ha empezado el baile. Tenemos que iniciarlo nosotros y después ya nos podemos marchar.

—¡El baile! —aulló Giorgio Rizzoli—. ¡Que empiece el baile!

La orquesta interrumpió los nostálgicos temas napolitanos pasando a un ritmo más alegre que de inmediato fue recibido con aplausos.

Giorgio y Francesca iniciaron el baile.

Paulatinamente se fueron sumando parejas de invitados.

—Maldita sea... Mi hermano es un tipo afortunado —masculló

Enrico Rizzoli—. Un tipo con suerte.

—¿Por qué dice eso?

Enrico Rizzoli vació de un golpe el vaso de *whisky*.

Ladeó la cabeza.

Entornó los ojos al contemplar al individuo.

Era la primera vez que le veía.

Un individuo joven. Vestido con elegancia. De refinado aspecto. Facciones pálidas. Extremadamente delgado. Sus ojos, de un azul muy claro, mantenían un extraño brillo en las pupilas. Un rubio mechón de cabello le caía sobre la frente.

—¿Quién es usted?... Bueno, no importa. Un invitado de los Cataldi, ¿no? Yo tengo veintiséis años. Mi hermano Giorgio ya ha pasado la frontera de los treinta. ¡Y maldita sea!... Se lleva una *ragazza* de veintidós años. Una muchacha italiana, ¿comprende? Yo puedo que me quede soltero. Mi nacionalidad es norteamericana, pero me gustaría casarme con una chica de mi tierra. Yo nací en Italia. Llegué a los Estados Unidos con sólo cinco años de edad.

—¿Por qué una italiana?

Enrico Rizzoli arrugó instintivamente la nariz.

Aquel individuo parecía idiota.

—¿No lo comprende? Aquí todo está corrompido. EE.UU., es un gigantesco basurero y Chicago el estercolero número uno. Todo buen italiano busca a una mujer honrada, hogareña, dulce y cariñosa como compañera. ¡Y yo soy italiano de nacimiento!

—Y le gustaría una mujer como Francesca.

—Eso es. Francesca llegó hace poco de Italia. Estaba con unos familiares en Roma. Empleada en una fábrica de confección. El viejo Aldo la hizo llamar. Francesca es una italiana por los cuatro costados. Y mi hermano mantendrá en ella las virtudes de la mujer italiana. Conozco a muchas jóvenes llegadas de Italia. A los pocos meses ya son productos *made in USA*. Con una pastilla de *chewing-gum* en la boca de la noche a la mañana, embutidas en tejanos, retorciéndose en las discotecas al ritmo del *rock* y similares. Francesca es distinta.

—¿De veras?

—Mírela... Ahí la tiene —Enrico Rizzoli desvió su mirada hacia la pista. Francesca iba cediendo pasos de baile a los invitados que lo solicitaban—. Roja como la grana. Ruborizada a cada cambio de

pareja. Esos familiares de Roma la tenían recluida como una monja.

—¿Quién le ha dicho eso?

—El viejo Aldo Cataldi. Y la propia Francesca. Siempre del trabajo a casa, sin conocer chicos, sin frecuentar bailes...

—Pobre muchacha.

—Nada de eso, amigo —rió Enrico Rizzoli—. Nos gustan así. Honestas. Eso es algo muy importante para todo buen italiano. ¡El honor de una esposa! Esa vida de reclusión es sinónimo de virtud.

—Afortunadamente tenía el *hobby* del cine.

—¿Quién?

El individuo de pálidas facciones esbozó una sonrisa.

—Francesca. Su *hobby* era el cine.

—Puede que alguna vez acudiera al cinema, pero dudo que...

—Oh, no... no me he explicado bien. El *hobby* de Francesca era hacer cine. Películas cortas. Tengo entendido que realizó cerca de una veintena. Todas del mismo género y muy bien pagadas.

Enrico Rizzoli parpadeó.

Perplejo.

Creo que se equivoca.

—¿Equivocarme? Por supuesto que no. Yo mismo tengo en casa una de esas películas. Un cortometraje de... Sessocinema. Sí, ése es el nombre de la productora romana. Y el título de la película es «Con la boca llena».

—Me parece que...

—Precisamente tengo aquí unas fotografías —interrumpió el individuo llevando su diestra al bolsillo interior de la elegante chaqueta—. Me las dieron de propaganda al comprar el cortometraje. Fotografías de Francesca en las escenas más interesantes de la película. Espero una oportunidad para acercarme a Francesca. Quiero que me dedique una de las fotografías.

Enrico Rizzoli tomó las cartulinas.

Fotografías a todo color.

A Enrico Rizzoli casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Pero... pero...

—Ah, sí... disculpe, señor Rizzoli. Olvidé comentarle que se trata de una película pornográfica. Como todas las de Francesca. De un porno duro prohibido en Italia. «Con la boca llena» y los demás films protagonizados por Francesca se distribuyen

clandestinamente.

Enrico Rizzoli no replicó.

Fue incapaz.

Seguía con la mirada fija en la primera de las fotografías.

Era Francesca. No había duda. Aquel primer plano de su rostro era inconfundible. El rostro de Francesca y...

Sí.

Ciertamente estaba con la boca llena.

Enrico Rizzoli reaccionó con un rugido. Fue pasando una a una las cinco fotografías. Cinco imágenes que representaban con todo detalle la obscena «fellatio» realizada por Francesca.

Avanzó hacia la pista de baile.

Al encuentro de Francesca.

El individuo de pálidas facciones se fue distanciando poco a poco. Aproximándose a la puerta del amplio salón. Quedó junto a una de las columnas. Desde allí dominaba una panorámica de la estancia. Sus ojos incrementaron el extraño brillo.

Esbozó una sonrisa.

Comenzaba el espectáculo.

CAPÍTULO II

Francesca se separó levemente de su pareja ante la proximidad de Enrico Rizzoli.

Sonrió tímidamente a su cuñado.

Convencida de que iba a solicitarle un baile. Debió contemplar más detenidamente el rostro de Enrico Rizzoli. Sus crispadas facciones. Y en especial el contenido de su mano derecha.

Aquellas cinco fotografías de bonitos colores.

—¡Ramera!... *¡Porca cagna!*...

Los insultos resonaron con fuerza del vozarrón de Enrico Rizzoli. Audibles en toda la sala. Elevándose al sonido de la música.

La orquesta enmudeció.

Se originó un tenso silencio.

Las bellas facciones de Francesca pasaron del rojo grana al pálido azucena. Marcadamente intenso.

Giorgio Rizzoli, que estaba junto a la mesa presidencial, fue el primero en reaccionar avanzando a grandes zancadas hacia la pista.

—¡Maldito seas!... ¿Te has vuelto loco, Enrico? ¿Qué significa...?

Enrico Rizzoli arrojaba en ese momento las fotografías al rostro de la paralizada novia. Una de ellas voló rebotada hacia Giorgio Rizzoli.

La atrapó al vuelo.

Era uno de los primeros planos de Francesca con la boca llena.

También Giorgio Rizzoli agrandó los ojos como platos. Y de inmediato quiso abalanzarse sobre Francesca, pero Lino Cataldi se interpuso.

—Un momento, Giorgio. Déjame que te...

Giorgio Rizzoli soltó un trallazo al hermano de la novia.

Lino Cataldi fue proyectado hacia la mesa. Realizó un medio giro cayendo de bruces sobre los restos de la tarta nupcial. Y quedó

junto al cuchillo utilizado para cortarla.

Lo atrapó veloz.

Y entonces sonó la primera detonación.

Lino Cataldi quedó rígido. Cuchillo en mano. Lentamente bajó la mirada. Al descubrir el rojo orificio sobre su nivea camisa comprendió que por aquel boquete se le estaba escapando la vida. Soltó el cuchillo para intentar taponar con ambas manos aquel manantial de sangre.

No lo consiguió.

La rojiza visión del líquido filtrándose por entre los surcos de sus dedos nubló sus ojos, flaquearon sus piernas y se desplomó sin vida.

El autor del disparo había sido Valerio Rizzoli.

Con su vieja automática «Sauer». Se había acostumbrado a llevarla siempre consigo desde la época dorada de los años treinta en Chicago. Y siempre preparada a vomitar fuego.

—¡Cuidado, padre!

La advertencia de Enrico Rizzoli llegó demasiado tarde.

Aldo Cataldi, con su mofletudo rostro desencajado, ya había descargado la vacía botella de champán sobre Valerio Rizzoli.

En la cabeza.

No se conformó con eso.

Sin soltar la rota botella, fuertemente sujeta por el gollete, se inclinó sobre el caído Valerio Rizzoli y le clavó salvajemente los cristales en el rostro. Bañándole en sangre.

Se escucharon histéricos gritos femeninos.

Y obscenas maldiciones.

Ya se habían formado los dos bandos.

Cataldi contra Rizzoli.

Hasta los cuatro individuos de la orquesta tomaron parte. En favor de los Rizzoli. Sin duda por ser Valerio Rizzoli quien les contrató para amenizar el banquete.

—¡Ya basta!... ¡Por favor! —suplica Marco Tarantini—. ¡Matarse fuera del local! ¡No más destrozos!...

La plañidera voz del propietario del restaurante fue acallada al recibir un botellazo en la cabeza.

La batalla era ya campal.

Todos en lucha.

Hombres, mujeres y niños.

Y con todo tipo de armas improvisadas. Cuchillos, tenedores, botellas, sillas...

Se escuchó una segunda detonación. Alguien se había apoderado de la automática alemana de Valerio Rizzoli.

Enrico Rizzoli había hundido un cuchillo en el pecho de Marcelo Cataldi. Éste había llegado desde Springfield para asistir a la boda de su sobrina. Durante el banquete no cesó de quejarse de dolor de estómago.

Ahora ya no le dolía nada.

Aquel cuchillo en el pecho, a la altura del corazón, hizo desaparecer todos sus males. Francesca gateaba ágil por debajo de las mesas. Se había subido el vestido de novia hasta la mitad de los muslos. Era visible el turbador encaje del blanco *slip*, pero Francesca ya no tenía rubor alguno. El pánico la dominaba por completo.

Y ese miedo se incrementó al topar con Giorgio Rizzoli.

Cerrándole el paso.

También Giorgio Rizzoli gateaba por debajo de las mesas.

—Perra...

La muchacha retrocedió.

—No, Giorgio... yo no...

Francesca quiso dar media vuelta y gatear en sentido contrario, pero era muy difícil maniobrar por entre las patas de las mesas.

Giorgio Rizzoli fue más rápido.

Saltó sobre ella.

Un desesperado intento de Francesca por escapar desgarró su blanco vestido de novia. Sus exuberantes senos quedaron al descubierto. El espectáculo soñado por Giorgio Rizzoli durante toda la mañana.

Y ahora Rizzoli no le prestó la menor atención. Sus manos se posaron sobre el delicado cuello de Francesca.

Comenzó a apretar.

Francesca volvió a sonrojarse.

Ya no era su fingido rubor y timidez lo que originaba aquel intenso color en las mejillas. Le faltaba respiración. Estaba congestionada. Boqueando desesperada en busca de aire.

Asomó la lengua por entre los labios.

Y Giorgio Rizzoli apretó con más fuerza.

Hasta que los ojos de Francesca se desorbitaron, hasta que su bello rostro se transformó en rígida mueca, hasta que dejó de boquear...

Sólo entonces las manos de Giorgio Rizzoli soltaron su presa.

Contempló el inmóvil cuerpo de Francesca.

Sin reaccionar.

Ajeno al estruendoso batallar del salón.

Ni tan siquiera parpadeó al escuchar el ulular de las sirenas. Ni reaccionó al oír la potente y autoritaria voz.

—¡Policía!... ¡Todo el mundo quieto!... ¡Policía!...

CAPÍTULO III

El inspector David Reinking arqueó las cejas.

—¿A qué espera, sargento?

William Harkins esbozó una sonrisa.

Era un individuo joven. De unos veintiocho años de edad. De correctas facciones. Su vestimenta no parecía la más adecuada para un policía adscrito a la Brigada Alerta Uno de Chicago.

Chaqueta de cuero, camiseta de algodón y pantalón tejano.

—Disculpe, señor... El teniente Salkow me acaba de pasar el informe todavía sin redactar a máquina. Está un poco desordenado. El número de víctimas mortales se eleva a seis. Cuatro más están ingresados en la Moody Clinic. Y unos catorce más han sido asistidos de lesiones leves.

El sargento Harkins depositó unos papeles sobre la mesa escritorio.

David Reinking incrementó los pliegues de su arrugada frente.

Ciertamente el informe del teniente Salkow era un jeroglífico.

—Tome asiento, Harkins. Usted también acudió al lugar de los hechos, ¿no es cierto? —En efecto, señor— respondió Harkins, acomodándose en uno de los sillones de negra piel que adornaban el despacho. —Patrullaba por la zona con el agente Havilland cuando se recibió la llamada. Acudí de inmediato. Incluso antes de que llegara el teniente. Logramos imponer el orden cuando ya el salón del banquete era un campo de batalla.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Algo lógico, señor. Toda boda, tarde o temprano, termina en desastre. Giorgio Rizzoli se había unido en matrimonio con Francesca Cataldi. Se celebraba el banquete nupcial. Todo se desarrollaba con normalidad hasta que Enrico Rizzoli, hermano del novio, apareció con las fotografías.

—¿Fotografías de la boda?

—Sólo de la novia. Hay una grapada en el último folio del informe.

El inspector Reinking rebuscó entre los folios.

Hasta dar con la fotografía.

—¡Infiernos!

—Eso mismo dije yo, señor —sonrió Harkins—. Unas fotografías... espectaculares. Ya sabe cómo son los italianos. Por simples pequeñeces hacen una montaña. Con el triste balance de seis muertos. Ya hemos identificado y detenido a los culpables de esos homicidios. El propio Giorgio Rizzoli se confesó autor del estrangulamiento de su esposa.

David Reinking chasqueó la lengua.

—Sí, maldita sea... Los italianos, los hispanoparlantes... Todos ellos de sangre muy ardiente. Ese tal... el que mostró las fotografías...

—Enrico Rizzoli.

—¿Por qué no las enseñó a su hermano antes de la boda? Puede que entonces se hubiera limitado a repudiar a su prometida. ¿Por qué esperó a que se celebrara la unión?

—Lo ignoro, señor. Y es imposible interrogarle. En rico Rizzoli figura entre las víctimas.

Un cuchillo de postre hundido en la yugular.

—Bien... Colabore con el teniente Salkow para la redacción del informe a presentar al fiscal —dijo el inspector, empujando los folios hacia su subordinado—. Investigue sobre las fotografías. Quiero saber cómo llegaron a poder de Enrico Rizzoli.

—¿Por qué ese interés, señor?

—El que entregó las fotografías fue el causante indirecto de la tragedia.

—Es de suponer, en buena lógica, que fue uno de los invitados. ¿Qué se puede hacer contra él? Nada en absoluto. No se le puede acusar de nada.

—Actuó, con deliberada maldad. Si era conocedor de las... actividades de Francesca Cataldi debió avisar antes a los Rizzoli. Eso o callar para siempre. Con mi recomendación, el departamento contra el vicio puede acusarle de tráfico de material pornográfico.

—Es ridículo el...

—Limítese a cumplir mis órdenes, sargento —interrumpió David

Reinking, secamente—. Eso es todo.

William Harkins se incorporó.

Atrapando los folios abandonó el despacho.

Cruzó la amplia sala principal del departamento. En ella, los hombres de la Brigada Alerta Uno coordinaban los más variados actos delictivos. Un incansable batallar contra el crimen. Homicidios, robos, violaciones...

Hombres en manga de camisa deambulaban de un lado a otro del departamento, aporreando máquinas de escribir, computadoras de datos, archivos, entrando y saliendo de despachos, interrogando a sospechosos, tomando declaración a testigos...

Sin descanso.

En una cargada atmósfera.

El humo del tabaco se confundía con el humear de las tazas de café. Había hombres de la Brigada Alerta Uno que llevaban noches sin dormir. Investigando casos que no admitían demora.

William Harkins encaminó sus pasos hacia uno de los anexos de la sala principal.

Allí estaba el agente Havilland.

Bostezando ruidosamente.

—¿Aburrido, Marty?

Marty Havilland profirió una soez maldición a la vez que señalaba infinidad de papeles amontonados sobre la mesa escritorio.

—¿Aburrirme? ¡Por todos los diablos!... ¡Mira esto, William! ¡Declaraciones de los invitados a la boda! De todos los que resultaron más o menos ilesos. Ninguno sabe con certeza cómo empezó todo aquello. Unos insultos de Enrico Rizzoli y luego la masacre.

—Nosotros sí conocemos la causa —dijo Harkins, tomando asiento—. Unas fotografías. Sí, Marty. Unas fotografías que el difunto Aldo Cataldi trató de reunir. Se encontraron dos en sus bolsillos. Otras dos las rompió la madre de Francesca. Trataban de salvar el insalvable honor de su hija.

—La mayoría de los invitados ni tan siquiera tenían conocimiento de esas fotografías. Al organizarse la pelea se formaron de inmediato los dos bandos. Sin más explicaciones. Sólo por testigos imparciales conocemos parte de lo ocurrido. Testigos ajenos a ambas familias. Oliver Frasen es uno de ellos. El

propietario de la empresa donde Giorgio Rizzoli trabajaba como operario.

—Un patrón en la boda de un empleado. Maravilloso.

—Giorgio era un trabajador ejemplar. De ahí la presencia de Oliver Fraser. El vio cómo Enrico Rizzoli avanzaba con las fotografías hacia la pista de baile, las arrojaba al rostro de la novia... y comenzaba la batalla. Valerio Rizzoli con su automática disparando sobre Lino Cataldi... y todo lo demás. Su declaración coincide con la de otros invitados imparciales. Y tenemos las propias confesiones de los causantes de esas muertes. Todo rutina, William. —¿De veras? Pues el inspector Reinking ha querido amenizar el caso. Quiere saber quién entregó las fotografías a Enrico Rizzoli.

—¿Para qué?

William Harkins se encogió de hombros.

—Tal vez quiera encargarle algunas copias.

Marty Havilland rió en divertida carcajada.

Frisaba los treinta y cinco años de edad. Fuerte complexión. Con un rostro adornado de sempiterna cordialidad.

Muy distinto al de Harkins.

William Harkins, sus ojos, su sonrisa, tenía un marcado tono cínico y frío.

—Eso ha estado bueno, William.

—Celebro que lo tomes por el lado gracioso, Marty. Hoy tampoco cenarás con tu bella esposa. Vamos a tener que interrogar de nuevo a todos los invitados.

—¿Por el asunto de las fotografías? ¡Maldita sea!... ¡Pero si la mayoría ignoran la existencia de...!

—Aquí hay un espacio en blanco —interrumpió Harkins, consultando una larga relación de nombres—. Marco Tarantini. El propietario del restaurante, ¿no?

—En efecto. No tenemos su declaración. Fue el único de los internados en la Moody Clinic que no prestó declaración.

—¿Por qué no?

—Estaba inconsciente y prohibidas todas las visitas hasta mañana.

William Harkins consultó el digital de su reloj.

Las siete ocho minutos p.m.

—Me daré una vuelta por la Moody Clinic. Tú nuevamente a interrogar a los que siguen aquí retenidos.

—Pero...

—Ordenes, Marty. Hay que obedecer. La disciplina es uno de los lemas de la Brigada Alerta Uno.

Havilland volvió a reír.

Aquello en boca de William Harkins resultaba divertido había sufrido varios expedientes precisamente por su reiterada indisciplina.

Por sus métodos peculiares.

Sí.

William Harkins era un policía muy especial.

La muchacha respingó.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

William Harkins, bajo el umbral, esbozó una sonrisa.

—Ésta es la habitación de Marco Tarantini, ¿verdad?

—Correcto. Y el doctor Bellamy ha prohibido terminantemente todas las visitas.

—Yo soy...

—Un policía, ¿no es cierto? —interrumpió la enfermera—. Me importa muy poco. El doctor Bellamy no autoriza visitas y él es la máxima autoridad en la Moody Clinic. Ignoro cómo ha conseguido llegar hasta esta planta, pero le ruego que salga de inmediato. No me obligue a llamar al servicio de seguridad.

Harkins desvió la mirada hacia el lecho donde reposaba un individuo con la cabeza vendada.

La estancia en penumbra.

—Disculpe... Ya me voy.

Harkins retrocedió cerrando la puerta.

Encendió un cigarrillo sentándose en uno de los asientos del corredor.

A los cuatro minutos vio salir a la enfermera.

Y ahora fue William Harkins el que respingó.

En la penumbra de la habitación no se había percatado de la belleza de la muchacha. Un rostro de serena belleza adornado con luminosos ojos rasgados. El castaño cabello recogido bajo la cofia acentuaba el óvalo de sus facciones. El uniforme de enfermera le resultaba favorecedor, aunque sin hacer cumplida justicia a la

perfección de su cuerpo.

Unas medias oscuras enfundaban sus piernas.

Muy joven.

De unos veinte o veintidós años de edad.

—¿Cómo se encuentra Marco? —inquirió Harkins, acudiendo al encuentro de la muchacha—. No soy policía. Sólo un amigo de la familia Tarantini.

La muchacha sonrió.

—Perdone. No debí hablarle así. Por supuesto que no tiene aspecto de policía... El señor Tarantini se encuentra ya fuera de peligro, pero ha sufrido una fuerte conmoción cerebral.

—Un botellazo en la cabeza.

—Sí, eso es. Hoy hemos tenido un día muy agitado en la Moody Clinic. ¡Y la policía husmeando sin consideración alguna!

—Son unos bastardos. Me llamo William Harkins. ¿Y tú?

—Jacqueline Parson.

—Telefonaré a Sophia para tranquilizarla. Sophia es la madre de Marco Tarantini, ¿sabes? Está muy preocupada. ¿Dónde hay un teléfono?

—Puedes llamar desde la planta baja. En este piso no hay mostrador de recepción. Están prohibidas las visitas. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí, William?

—Con unos pocos dólares.

Jacqueline hizo una mueca.

—Es vergonzoso que empleados de la Moody Clinic se dejen sobornar.

—Sólo quería ver a Marco. Su pobre madre... Ya sabes cómo es el cariño de una madre.

Los almendrados ojos de Jacqueline parpadearon.

Contemplando fijamente a Harkins.

Sospechando un tono sarcástico en su voz.

—Te acompañaré hasta la planta baja, William. Ya he terminado mi servicio por hoy. —¿De veras? Magnífico, Jacqueline. Tengo mi auto en el *parking*. Si quieres puedo llevarte...

—No, gracias. Todavía debo cambiarme de ropa y presentar las fichas al servicio nocturno.

Se introdujeron en uno de los elevadores.

Iniciaron el descenso.

—Te esperaré. No tengo nada que hacer. Podemos cenar juntos y...

—Ya he cenado, William.

—Entonces unas copas. ¿Te parece bien en el *snack* de la planta baja? Luego te llevaré a casa.

—Tengo novio, William.

—No hay problema, Jacqueline. Puedo costear también su copa. La muchacha terminó por reír alegremente.

Abandonaron la cabina.

—Okay, William. Dentro de quince minutos en el *snack*.

Jacqueline se alejó por uno de los corredores.

William Harkins esperó a que desapareciera de su vista para introducirse nuevamente en el ascensor.

Retornó al punto de partida.

La habitación de Marco Tarantini.

Penetró en la estancia accionando el interruptor de la luz.

La lámpara del techo eclipsó por completo la mortecina luz de la mesa de noche. Aquella súbita iluminación pareció afectar a Marco Tarantini. Apretó fuertemente los ojos para acto seguido entreabrirlos.

—Ya... ya me han pinchado, doctor...

—Tranquilo, Tarantini. No te vamos a pinchar más —sonrió Harkins, arrastrando una silla hasta el lecho—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien... y me encontraría mucho mejor con un cigarrillo. ¿Por qué no puedo fumar, doctor?

—¿Quién ha dicho eso? Un cigarrillo no hace daño a nadie. Espera... yo mismo te lo enciendo.

Marco Tarantini parpadeó.

Repetidamente.

Hasta conseguir fijar su vidriosa mirada en Harkins.

—Usted... usted no es el doctor Bellamy...

—No. Soy el sargento Harkins. De la Brigada Alerta Uno. Estamos investigando lo de la sangrienta boda. —¡Oh, Dio!... Horrible, horrible...

—¿Cuál es tu versión de los hechos, Tarantini? —Harkins posó un cigarrillo en los labios del individuo—. ¿Cómo empezó todo?

—Enrico... fue él... Enrico Rizzoli... después de hablar con

aquel hombre avanzó como loco hacia la pista de baile... arrojó unas fotografías a Francesca, la insultó...

—¿Qué hombre, Tarantini? ¿Quién era?

Marco Tarantini succionó el cigarrillo.

Exhaló ávidamente una bocanada.

—Lo ignoro. Se presentó casi al final del banquete. Creí que se trataba de un invitado rezagado; pero se limitó a preguntar por Valerio Rizzoli o alguien cercano a la familia del novio. Yo estaba muy ocupado y no le presté mucha atención. Le indiqué quiénes eran Valerio Rizzoli y su hijo Enrico. Luego serví la tarta, se tomaron los licores, empezó el baile... También yo me tomé un respiro. En una apartada mesa, donde estaban las botellas de licor, pude ver a Enrico Rizzoli hablando con ese hombre. Le entregó unas fotografías. Y Enrico avanzó hacia la pista provocando la tragedia. ¿Qué eran esas fotografías, sargento?

—¿Puedes describirme a ese individuo?

—¿Cómo?... Ah, sí... Le recuerdo vagamente. Pelo rubio, pálido, de aspecto enfermizo... No puedo decirle más... me... me duele terriblemente la cabeza...

—Lo comprendo, Tarantini —Harkins se incorporó de la silla—. Y no te molesto más. Mañana te visitará uno de mis compañeros para tomarte declaración oficial. Ésta ha sido una conversación entre amigos. Ahora descansa.

—Sargento...

—¿Sí?

—¿Puede dejarme otro cigarrillo?

William Harkins sonrió depositando la cajetilla sobre la mesa de noche. Se encaminó hacia la puerta.

—Buenas noches, Tarantini.

Minutos más tarde William Harkins se encaramaba a uno de los taburetes del *snack* de la planta baja. Ante la prohibición de bebidas alcohólicas solicitó un café.

Mientras esperaba la llegada de Jacqueline pensó en el individuo de pelo rubio y aspecto enfermizo. Un hijo de perra. Sin duda un enamorado de Francesca y rechazado por ésta. Y el muy bastardo se vengó con creces.

—Hola. ¿Te he hecho esperar?

Harkins quebró sus pensamientos.

Sonrió a la bella Jacqueline.

—Nada de eso. Te esperarías una eternidad. ¿Quieres tomar...?

William Harkins enmudeció al descubrir la presencia de su compañero Havilland. Le vio avanzar hacia el mostrador.

—Sabía que te encontraría aquí. He subido a buscarte a la habitación de Marco Tarantini, pero ya me informó de que le habías interrogado. El inspector quiere verte, William. Hay novedades importantes.

—¿Eres... eres un policía? —Parpadeó Jacqueline.

—Bueno, yo...

La muchacha giró.

Furiosa.

Dejando a Harkins con la palabra en la boca.

—¿Quién es ésa, William?

—Hablas demasiado, Marty —replicó Harkins, abonando la consumición—. ¿Qué ha ocurrido?

—Se recibió una llamada en Brigada Alerta Uno. Preguntando por el hombre encargado del caso del restaurante Tarantini. El teniente Salkow no estaba, tú tampoco... se pasó la llamada al inspector Reinking. Posiblemente se trate de un loco, pero el inspector quiere darnos nuevas instrucciones.

—¿Quién llamó?

—Una voz anónima. Dijo que lo ocurrido hoy en Malden Road era sólo el principio. Que continuaría con la verdad, una verdad acompañada de sangre y muerte... Bueno, algo parecido. Un loco. Ya sabes. Siempre sale algún chiflado cuando ocurre un suceso espectacular y sangriento.

William Harkins no respondió.

Permaneció en silencio.

Pensando en el individuo de pelo rubio y aspecto enfermizo.

CAPÍTULO IV

Howard Freeman se contempló en el espejo mientras pasaba un peine por sus rubios cabellos, Sonrió acentuando el brillo de sus azules ojos. Se encontraba perfectamente. Uno de los pocos días en que despertó sin la habitual y dolorosa jaqueca. Poco importaba la extremada palidez de su rostro.

Se encontraba bien.

Feliz.

—¡Eh, madre!... ¿Ha leído los periódicos de hoy? Todos comentan la sangrienta boda de Malden Road. Algo horrible. Seis muertos y un considerable número de heridos.

Howard Freeman salió del cuarto de baño.

Del longitudinal armario del dormitorio extrajo una elegante chaqueta gris en tejido knicker-bocker. Se la ajustó sobre el chaleco. Un traje impecable. Enderezó ligeramente el nudo de la corbata. Abandonó la habitación.

En la mesa del salón-comedor aparecía ya servido el desayuno. Dos servicios. Un recipiente con humeante café. Otro con leche. Tostadas, mantequilla, mermelada y tarta de manzana. Freeman tomó asiento.

—Pues sí, madre. Resulta que alguien descubrió al novio una horrible verdad. No, no se sorprenda. Una horrible verdad. Ya sé que la verdad jamás puede ser denigrante. La verdad es algo propio de los corazones puros y limpios. Siempre la verdad. No he olvidado sus enseñanzas, madre. Nunca. ¿Más leche?

Howard Freeman sirvió en las dos tazas.

Cortó un trozo de tarta de manzana.

—La culpa fue de la novia, ¿no es cierto, madre? Debió decir la verdad. Y él hubiera obrado en consecuencia; pero no lo hizo. Mintió. Ocultó su vergonzoso comportamiento en Italia. Y la mentira siempre es castigada.

En el artístico reloj del salón sonaron las ocho campanadas.

—Bueno... Debo irme, madre. Disculpe. Puede que hoy no almuerce con usted; aunque lo procuraré. No me espere si observa un pequeño retraso en la hora habitual. Adiós, madre.

Howard Freeman no salió de la casa.

Al final del ancho corredor, de suelo escurpulosamente encerado y brillante, estaba la escalera de caracol.

Freeman subió levantando la trappilla que conducía a la buhardilla.

Un desván espacioso. Plagado de cuadros, candelabros, figuras, libros e infinidad de objetos que harían las delicias de un anticuario.

Howard Freeman abrió el ventanal.

Una mañana fría. Un cielo gris que entoldaba aún más la contaminada atmósfera de Chicago.

Freeman tomó los prismáticos enfocándolos hacia el exterior.

Consultó su reloj de oro.

Las ocho y siete minutos a.m.

Y hoy era martes. Ya tenía que estar allí. Siempre fue puntual. Tal vez... puede que le hubiera ocurrido algo.

Las pálidas facciones de Howard Freeman reflejaron una mueca de preocupación; aunque de inmediato su rostro se iluminó.

Rió nerviosamente.

No.

Nada le había ocurrido.

Allí estaba.

Como todas las mañanas a aquella misma hora. La vio primero asomarse al balcón. Con la bata de alegre estampado anudada a la cintura. Cerró la cristalera y retrocedió hacia el lecho.

Howard Freeman hizo girar levemente la graduación de los prismáticos.

Volvió a enfocar a la muchacha. Sentada al borde del lecho. Ya se había despojado de la bata. Lucía un tenue camisón. Muy cortito. Su única prenda. Lo delató al incorporarse. Al sombreadse los oscuros pezones y la turbadora oscuridad de su sexo.

La mañana era fría, pero diminutas gotas de sudor fueron perlando paulatinamente la frente de Freeman. Transcurridos unos minutos se alejó con lento paso del ventanal.

Dejó los prismáticos sobre una repisa y descendió la escalera de caracol.

Ahora sí abandonó la casa.

Frente al amplio porche se estacionaba el «Cadillac». En su versión «coupé De Ville». En discreto color hueso.

Howard Freeman, acomodado frente al volante, inició la marcha bordeando el circular seto del jardín y enfilando hacia la salida dejó atrás la reja de la muralla.

El trayecto fue corto.

Detuvo el lujoso auto en las proximidades de una cafetería denominada Stefanis. Lo situó en doble fila.

Freeman penetró en el local.

Había muchos clientes. Tanto en el mostrador como en las mesas. Era una hora de máxima concentración de público.

Freeman se acomodó cerca de la entrada.

Pegado al mostrador.

Había otros muchos clientes aún sin servir, sin embargo la mujer situada tras la barra acudió de inmediato junto a Freeman.

—Buenos días, Howard.

—Hola, Cathy...

—¿Lo de siempre?

—¿Cómo?... Ah, si... Lo de siempre, Cathy.

La mujer sonrió.

Una sonrisa muy especial.

Marcadamente provocativa y sensual.

Cathy Scott, con sus veintiocho años bien aprovechados, era algo fuera de serie. Una mujer en la plenitud de su belleza. Con un cuerpo tentador. Y ella lo sabía. De ahí que prodigara con generosidad sus encantos.

Con aquella corta falda, las medias de negra malla... y el ceñido suéter.

Sin duda un par de tallas inferior. Presionando sus exuberantes senos. Marcando el pezón sobre la tela. Cada movimiento, cada paso de Cathy, hacía tamborear aquellos voluminosos pechos.

Con gran satisfacción de la clientela masculina del local.

Su otra compañera, Gladys, era menos llamativa. Se dedicaba a servir en las mesas. En el mostrador, donde se congregaba la mayoría de público, el propietario controlaba la caja y ayudaba

esporádicamente a Cathy.

—Aquí tienes, Howard. Batido de chocolate con nata. ¿Algo más?

Cathy se había inclinado sobre el mostrador.

Sus opulentos senos casi rozaron la tabla.

—No... nada, Cathy —respondió Freeman ajeno a las insinuaciones de la mujer.

Howard Freeman mantenía la mirada fija en la cristalera del local.

Y de pronto sonrió al ver aparecer a la muchacha.

La joven que espió con los prismáticos.

Avanzando hacia la cafetería. Con su gracioso caminar. Con la capa sobre los hombros complementando su uniforme de enfermera.

La muchacha penetró en el local.

—¡Eh, Jacqueline! —llamaron desde una mesa—. ¡Aquí estamos!

Jacqueline Parson sonrió dirigiéndose hacia la mesa donde tres muchachas, igualmente con uniforme de enfermeras, la esperaban.

Y su paso fue seguido por unos ojos azules.

Los azules ojos de Howard Freeman.

Con su extraño y siniestro destello.

CAPÍTULO V

Norman Heffron no conoció los años treinta.

Por aquel entonces aún no había nacido, pero hubiera hecho un buen papel en Ja época dorada del gangsterismo. Incluso los métodos que Heffron utilizaba en la actualidad eran propios del Chicago año treinta.

Norman Heffron estaba en la cumbre. A sus cuarenta y cinco años de edad ya había alcanzado todo cuanto se propuso. Pisoteando al prójimo. Eliminando a todo el que estorbaba o dificultaba sus planes.

Era la ley del asfalto.

Y Norman Heffron se comportaba como un auténtico salvaje.

Ahora mismo lo estaba demostrando.

—Por favor, señor Heffron...

—¿Qué te ocurre, nena? —jadeó Norman Heffron, aprisionando con más fuerza los senos femeninos. Hundiendo sus dedos en la turgente carne—. ¿No te gustan mis besos? Jessica forzó una sonrisa.

Norman Heffron era repulsivo. Un rostro adiposo. Ya acostumbrado a vegetar, a los placeres de la mesa y a la falta de ejercicio físico. El labio inferior de Heffron colgaba húmedo y viscoso.

Sí.

Viscoso.

Así era Norman Heffron.

Viscoso como un reptil.

—Me... me hace daño, señor Heffron...

Norman Heffron volvió a apoderarse de los labios de la mujer. Ávidamente. En lascivo beso. Su diestra acentuó con sadismo la presión de los dedos. A través de la suave tela del vestido clavó las uñas en el seno izquierdo de Jessica.

Hasta oírla gemir.

Un timbre musical hizo respingar a Heffron y separarse bruscamente de la mujer.

—¡Maldita sea!... De seguro es Sandford. Ese estúpido siempre olvida algo. El día menos pensado le despediré. ¡Ya cuento con demasiados abogados en mi compañía!

Jessica se estaba abotonando los cierres superiores del vestido.

Con los ojos nublados.

—No... no puede ser el señor Sandford, Fue a la imprenta de Rockford.

Norman Heffron sonrió acomodándose tras la artística mesa de su despacho.

—¿De veras? Entonces acude a ver quién llama. Quiero su nombre. Y hoy mismo dejará de trabajar para mí. No me gustan los entrometidos. Los que regresan a las oficinas ya cumplido el horario de...

De nuevo se escuchó el timbre.

Jessica acudió hacia la puerta.

Con un involuntario ondular de caderas que hizo brillar lujuriosos los ojos de Heffron.

Había tenido una gran suerte con Jessica.

Una secretaria perfecta. Experta en contabilidad, ciencias empresariales, informática... y extraordinariamente bella. Con tan sólo dieciocho años de edad.

Y Norman Heffron ya la había seducido. Mediante amenazas había doblegado su voluntad. Pronto la pervertiría. Y luego, cuando se cansara de ella, sería sustituida por otra.

Era su pequeña compensación por tener que soportar a la señora Heffron.

Martha Heffron. La hija mayor de los aristocráticos Gilliam. Alta sociedad de Chicago. Con un árbol genealógico que se remontaba a los Gilliam, primeros moradores de la ciudad. Norman Hoffman se casó muy joven. A los veinticinco años de edad. Obligado por un rifle «Smith» de cañones recortados. Había embarazado a una muchacha y pagó las consecuencias. Por poco tiempo. La joven fallecía al dar a luz al niño.

Ralph Heffron.

El orgullo de Norman Heffron.

Ese hijo incrementó aún más la desmedida ambición de Norman Heffron. Lograría hacer de él un hombre importante. Alcalde de Chicago. Luego gobernador del estado. Y tal vez...

Sí.

Lo hizo por Ralph Heffron.

Todo por Ralph.

De ahí que se casara en segundas nupcias con Martha Gilliam. Mucho mayor que él. Poco agraciada físicamente y con nula fortuna, pero era una Gilliam, Y Norman Heffron deseaba que le fueran abiertas determinadas casas de Chicago. Casas aristocráticas y de la alta sociedad que no se deslumbraban con el dinero.

Llevaba ya ocho años de matrimonio.

Y Norman Heffron había conseguido su objetivo.

Ya se había introducido entre las distinguidas familias de Chicago.

El casarse con Martha fue un precio muy alto, pero por su hijo estaba dispuesto a cualquier cosa. Por duro que fuera. Ya lo demostró uniéndose a la vieja y horripilante Martha.

Lógico era entonces que mantuviera relaciones con sus secretarias. Discretamente. Sin atarse a ninguna de ellas. Nada de una amante permanente. Hoy una, mañana otra... Se abrió la puerta del despacho.

—Señor Heffron...

—¿Sí, Jessica?

—No se trata de ningún empleado de la compañía. Es un hombre que desea hablar con usted.

—¡Al diablo con él! —vociferó Heffron, encendiendo un aromático cigarro—. No son horas de visita. Las oficinas están cerradas.

—Dice que es muy urgente. Muy importante para usted.

Norman Heffron sonrió despectivo.

—¿Para mí? Lo dudo. ¿Quién es?

—No ha querido decir su nombre. Se trata de un asunto personal. Algo confidencial y de importancia.

Heffron hizo una mueca.

—Hazle pasar. Lo despacharé en un par de minutos y luego seguiremos con lo nuestro. Almorzamos juntos, ¿eh, Jessica?

La muchacha sonrió.

Con la alegría propia del que ha recibido una patada en el estómago.

A los pocos minutos volvió a abrirse la puerta del lujoso despacho.

El individuo llegó acompañado de Jessica, aunque la secretaria desapareció discretamente cerrando la puerta.

Norman Heffron mordisqueó el cigarro a la vez que dirigía una penetrante mirada al individuo.

Un hombre joven. De pálidas facciones. De abundante pelo rubio y ojos azules de sempiterno brillo, Lucía un traje de excelente corte.

—¿Y bien? —inquirió Heffron—. ¿Qué se le ofrece?

—Quiero que disculpe el presentarme a...

—Soy un hombre muy ocupado, señor...

—Freeman, Howard Freeman.

—Pues bien, Freeman, Ciertamente no son horas de visita ni yo recibo sin previa cita. Espero que el asunto sea en verdad importante. Tome asiento.

—Gracias... He preferido acudir ahora, cuando las oficinas de su empresa están cerradas, para evitar indiscreciones. Ha sido una suerte encontrarle todavía aquí. No podía ir a su casa ni...

—¿Quiere abreviar? —interrumpió nuevamente Norman Heffron—. Tengo mucho trabajo pendiente.

Freeman sonrió.

—Sí, por supuesto... Soy el propietario del Freeman Building. Un bloque de pisos. Las primeras plantas despachos comerciales y el resto apartamentos de alquiler. Yo no me ocupo de la administración, pero ha acontecido un problema que deseo solucionar personalmente. Entre caballeros. Es un problema muy... delicado.

—Adelante, Freeman. Le escucho.

—Se trata de los ocupantes del apartamento

912-D.

Mi administrador alquiló ese apartamento hace aproximadamente unos tres meses. Hizo el contrato a un tal Samuel Smith. Y ese señor Smith se instaló con una muchacha de color.

Norman Heffron arrugó la nariz.

No entendía nada de todo aquello.

Se esforzó en mantenerse paciente.

—Su administrador cometió un error, Freeman. Debió negar el alquiler a un sucio negro.

—Samuel Smith es un hombre blanco.

—¿Un blanco?... Algún bastardo. Sólo un bastardo puede unirse a una negra. ¿Sabe una cosa, Freeman? Yo juntaría a todos los negros de Chicago y los quemaría vivos en el Lincoln Park. ¡Son basura! En mi juventud formé parte del K.K.K. Sí, no se sorprenda. Eran otros tiempos. Buenos tiempos. Se podía linchar tranquilamente a un negro sin rendir cuentas después.

—Esa chica del

912-D

es la única inquilina de color del Freeman Building. La única, de su raza en todo el edificio.

—Comprendo. Y todos los demás ocupantes del edificio quieren que desaparezca lo antes posible. Le resultará fácil, Freeman. Chicago es racista por los cuatro costados.

Tenemos fama de ello. Sinceramente no alcanzo a comprender su problema.

—No es problema mío. A mí poco me importa.

—¿Acaso me importa a mí? —rió Heffron.

Freeman carraspeó.

—No sé cómo decirle la verdad, señor Heffron. Ese joven... el que está con la chica negra...

—El bastardo Samuel Smith.

—Ése no es su nombre. Mintió al firmar el documento de alquiler. Yo lo he descubierto ahora. De ahí mi presencia aquí. El verdadero nombre de ese muchacho es Ralph Heffron.

Norman Heffron quedó con la boca entreabierta.

Sin reaccionar.

A los pocos instantes sacudió la cabeza.

—¿Está... está insinuando...?

—No, señor Heffron. Es más que una insinuación. Antes de acudir aquí me cercioré de la identidad del muchacho. Investigué por mi cuenta, le seguí, le vi entrar en el *bungalow* de los Heffron en Logan Boulevard... Me informé cuidadosamente. No hay duda. Se trata de su hijo Ralph.

—¡Miente!... ¡Miente, maldita sea!

Howard Freeman se incorporó.

Como impulsado por un resorte.

La palidez de su rostro se tornó cadavérica.

—Jamás he mentido, señor Heffron. ¡Nunca!... ¡Jamás en mi vida! Puede creerlo o no. Yo he cumplido con mi deber al informarles. ¡Buenos días!

Norman Heffron, aturdido y confuso, no impidió la marcha del individuo. Quedó atrás la mesa escritorio.

Inmóvil.

Paulatinamente su rostro se fue congestionando por la ira. Empezaba a sospechar la veracidad de todo aquello. Ralph se ausentaba con demasiada frecuencia. Especialmente durante la noche. Le pedía dinero con más frecuencia. Para jugar en los casinos...

No.

¡Era para mantener a aquella sucia negra!

Norman Heffron se incorporó con el rostro desencajado. Dominado por la furia. Avanzó hacia la camuflada caja fuerte empotrada en la pared. De ella extrajo una pequeña automática «Sterling».

Un arma muy especial. Sin número de serie, sin registro de fábrica... Una pistola imposible de identificar.

Heffron, con sólo chasquear los dedos, encontraría a más de un asesino a sueldo.

Hombres expertos y de confianza.

Pero aquel asunto requería la máxima prudencia. No podía ser confiado a nadie. Si alguien llegara a saber que Ralph Heffron cohabitaba con una negra...

Norman Heffron volvió a maldecir como un poseso.

Su hijo Ralph.

Sus grandes planes para él... La futura carrera política que le tenía proyectada, la escalada hacía altos puestos..., todo se derrumbaría de conocerse aquel asunto.

No.

Norman Heffron no lo consentiría.

Llevaría el caso personalmente.

Y luego..., puede que se ocupara también de Howard Freeman. Cerraría su boca. No deseaba testigos para el futuro. Alguien que pudiera chantajear al posible candidato político Ralph Heffron.

Norman Heffron abrió la puerta de su despacho.

En la antesala estaba Jessica.

—¡Localiza el!... —Heffron se interrumpió. Percatándose del error que estaba próximo a cometer. Olvidalo. ¡Y lárgate, Jessica! ¡Ya no te necesito para nada! ¡Lárgate!

Heffron retornó al despacho.

El mismo buscaría en la guía el emplazamiento del Freeman Building.

Horn Street. Una paralela a la Armitage Avenue. A poca distancia de Wisconsin Street. En el centro de la ciudad.

Treinta y cinco minutos.

Ése fue el tiempo empleado por Norman Heffron en el recorrido hasta Horn Street. No estacionó en el *parking* subterráneo del gigantesco edificio, sino en Horn Street. A poca distancia del Freeman Building. Norman Heffron descendió de su auto.

No reparó en que era observado desde el interior de un «Cadillac» aparcado al otro lado de la calzada.

Unos azules ojos siguieron los movimientos de Heffron.

Howard Freeman, acomodado en su «Cadillac», sonrió feliz.

Pronto comenzaría el segundo acto.

CAPÍTULO VI

Ralph Heffron parpadeó a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.

—No, no comprendo...

—¿Por qué, Ralph? ¿Por qué lo has hecho?

Ralph Heffron posó sus ojos en la muchacha.

Shirley Evans era una joven de color con un atractivo rostro poseedor de unos grandes y expresivos ojos. Pómulos salientes, nariz respingona y labios carnosos. Lucía un vestido camisero sin cintura. Muy holgado.

—¿Crees que yo...? ¿Crees que la he comprado yo?

—¡Oh, Ralph!... Lo he recibido esta misma mañana. Hace unas horas. El paquete iba a nombre de Samuel Smith. Sin remite. Creí que habías comprado alguna sorpresa para mí, y al abrirlo...

Estaba sobre la mesa.

En la abierta caja.

Una «Super-Star» con tubo silenciador acoplado al cañón. Con cachas de marfil. Nueva y reluciente.

—Yo no he sido, Shirley. No he comprado esa arma. ¿Para qué diablos quiero yo una pistola?

—Nos han amenazado, Ralph. Quieren que abandone el apartamento. ¡Oh, Dios mío!... Ya te lo advertí. ¿Por qué el Freeman Building? ¡Hay infinidad de casas donde pasaría desapercibida y...!

Ralph Heffron atrapó a la muchacha por los hombros.

—¿No lo comprendes, Shirley? ¡Yo no quiero que pases desapercibida! Vas a ser mi esposa. No me avergüenzo de ti. Todo lo contrario. ¡Te quiero y pienso pregonarlo a los cuatro vientos! Esas amenazas recibidas son de algunos pobres desgraciados envidiosos de nuestra felicidad. Freeman Building es el mejor lugar para nosotros. Infinidad de inquilinos. Ésta es una colmena humana,

Shirley. Nadie se preocupa por nadie... a excepción de esos desocupados que se dedican a enviar anónimos amenazadores.

—¿No la has comprado, Ralph?

—No.

—Entonces... ¿quién puede haber enviado esa pistola? ¿Quién... y por qué? —Sin duda se trata de un error. Olvídalo. Cuando me marche me la llevaré y arrojaré a cualquier alcantarilla, ¿de acuerdo?

Shirley sonrió.

Colgándose del cuello de Ralph Heffron.

—Sí, Ralph.

Unieron sus labios.

Dulcemente.

—Oh, Ralph..., te quiero... y tengo miedo. Miedo por quererte.

—Nada debes temer.

—Ralph...

—¿Sí, amor?

—He estado pensando... tal vez fuera preferible renunciar a la boda. No estás obligado a casarte conmigo. Seguiremos juntos. Hasta que tú quieras. Y si algún día decides marchar, alejarte de mi lado, yo no lo impediré. No estarás atado a mí.

—¡Por todos los...! ¡Oh, Shirley!... ¿Por qué eres así? ¿Por qué dudas de mi amor? Yo te quiero. Y pienso casarme contigo no obligado por ese hijo que va a nacer. ¡Simplemente porque te quiero!

—Olvidas a tu padre.

Ralph Heffron se separó de la joven.

Con rostro ensombrecido.

—Trataré de convencerle, Shirley. Poco a poco le iré tanteando el terreno. Aún no me he atrevido a hacerlo. Conozco a mi padre, pero nada hará cambiar mi decisión. Si se opone actuaré sin su consentimiento. Soy mayor de edad. Poco me importa quedar desheredado.

—Preferiría que llevaras otro apellido. Que fueras ese imaginario Samuel Smith que firmó el contrato de alquiler.

—No permitiré que nada ni nadie nos...

El llamador de la puerta interrumpió las palabras de Ralph Heffron.

Se miraron a los ojos.

—¿Quién puede ser?

—Apuesto que el repartidor de la agencia —sonrió Ralph Heffron, pasando al contiguo *living*—. En busca del paquete que entregó equivocado.

Franqueó la puerta de entrada al apartamento.

Y la sonrisa se heló en labios de Ralph Heffron. Palideció.

—Padre...

El rostro de Norman Heffron acusó una instintiva mueca. No esperaba encontrar allí a Ralph. No contaba con ello. La hora del almuerzo siempre era respetada por Ralph acudiendo junto a su madrastra.

Norman Heffron reaccionó con violencia.

La presencia de Ralph no alteraría sus planes.

—¡Aparta!...

—¿Qué ocurre, Ralph? —interrogó Shirley, asomándose al umbral del salón—. ¿Quién...?

Norman Heffron había penetrado a grandes zancadas en el apartamento.

También empujó con violencia a Shirley.

—Tú eres, ¿eh?... ¡Sucia negra!... ¿Cómo infiernos te has atrevido a posar tus ojos en mi hijo?

—¡Padre!... ¡No te consiento que...! Heffron proyectó su diestra.

En brutal trallazo al rostro de Ralph.

—¡Maldito idiota!... ¿Qué te ocurre? ¿Acaso te ha drogado esta furcia? ¡Yo acabaré con ella!

Norman Heffron extrajo la «Sterling».

Ante los aterrorizados ojos de Ralph y Shirley.

—Padre..., ¿qué pretendes?

El rostro de Norman Heffron estaba transfigurado por demoníaca mueca. Los ojos inyectados en sangre. Rebosantes de odio.

—¿Aún me lo preguntas? Demasiado sabes cómo trato yo a las ratas negras. Antes de que regreses a casa te haré bañar en lejía. ¡Ya apestas como los negros!

—Padre...

—Apártate, estúpido. Voy a liquidarla.

—No... no puede hacer eso, padre. ¿Se ha vuelto loco? ¡No

puede cometer fríamente un asesinato!

—¿Asesinato? —rió Norman Heffron, desaforado—. ¡Es una maldita negra! ¡Tú eres el loco, Ralph! ¿Cómo diablos has podido caer tan bajo? No te permitiría ni una simple aventura sexual con una mujer negra. ¡Y tú has cohabitado durante tres meses! Afortunadamente no has cometido el error de dar tu verdadero nombre. Lárgate. Yo me ocuparé de todo.

Ralph Heffron permaneció inmóvil.

Protegiendo con su cuerpo el de Shirley.

—No lo comprendes, padre. Quiero a Shirley y voy a casarme con ella.

Norman Heffron biqueó.

Sin dar crédito a aquellas palabras de su hijo.

Vociferó con redoblada furia.

—¡Sí, condenación!... ¡Te ha embrujado!... ¡Esos sucios negros te han embrujado! —Vamos a tener un hijo— respondió Ralph, con firme voz. —Shirley está embarazada de tres meses y...

Norman Heffron fue incapaz de seguir escuchando.

Ciego de ira se abalanzó sobre Ralph para obligarle a que se separara de la muchacha.

—¡Deme esa arma, padre!... ¡No consentiré que le haga daño alguno!

Los dos hombres porfiaron por la posesión de la automática.

—¡Por favor!... ¡Ya basta! —suplicó Shirley, sollozando histérica—. ¡Ya basta! ¡Me marcharé, señor Heffron!... ¡No volveré a ver a su hijo ni...!

Sonó una ahogada detonación.

Ralph agrandó los ojos.

Con una mueca de estupor en el rostro.

Sus crispadas manos continuaron sujetando a Norman Heffron, aunque lentamente fue cesando la presión de sus dedos. Poco a poco, abrazando a su padre, fue resbalando hasta caer mansamente en el suelo, Quedó boca arriba.

Con los ojos muy abiertos.

Sin borrar de su rostro la mueca de perplejidad.

También Norman Heffron contemplaba incrédulo la «Sterling». El cañón todavía humeante.

Se había disparado una bala. Un proyectil del treinta y ocho

acoplado en el pecho de Ralph.

Sobre su corazón.

—¡Ralph!... ¡Ralph!...

Los gritos de la muchacha hicieron reaccionar a Norman Heffron.

—¡No te acerques a él, sucia ramera!... ¡Tú eres la culpable!

Shirley retrocedió.

Presa del terror.

Tropezó con la mesa haciendo caer al suelo el paquete. De la caja asomó la «Super-Star» con tubo silenciador.

Shirley se inclinó atrapando el arma con rapidez.

—¡Suelte su pistola!... ¡Suéltela o dispararé!

—¡Al infierno contigo! —rugió Heffron, extendiendo el brazo armado.

No llegó a disparar.

Shirley se le adelantó.

Sujetando con ambas manos la «Super-Star» apretó el gatillo.

Norman Heffron giró como una peonza al recibir el impacto en el pecho. Su caída coincidió con el desgarrador grito de Shirley que, horrorizada, soltó la «Super-Star» emprendiendo veloz carrera hacia la puerta del salón.

No llegó a salir.

Se detuvo bajo el umbral.

Tambaleante.

Un rojo orificio se dibujó en su espalda.

Norman Heffron, de bruces en el suelo, sostenía con temblorosa mano la «Sterling».

Sonrió en feroz mueca.

—Con... con nosotros al infierno... perra...

Intentó disparar de nuevo sobre Shirley.

Se nublaron sus ojos a la vez que una bocanada de sangre desdibujaba la satánica sonrisa de sus labios.

No logró apretar por segunda vez el gatillo.

La «Sterling» escapó de su trémula mano.

Poco importaba ya.

Shirley Evans también iniciaba el largo camino hacia el Más Allá.

CAPÍTULO VII

Marty Havilland llegó cerrando su cuaderno de notas.

—Ya he terminado con las declaraciones, William. ¿Quieres que...?

—No es necesario —interrumpió William Harkins, llevándose un cigarrillo a los labios—. Conociendo a Norman Heffron ya me hago cargo de lo ocurrido. El muchacho, aunque registrado con el nombre de Samuel Smith, ya lo hemos identificado. Ralph Heffron. Y la joven que se han llevado al hospital era su novia. ¿Te imaginas la reacción de Norman Heffron al descubrir que su hijo estaba vinculado a una muchacha de color?

Havilland hizo una mueca.

No hacía falta imaginación.

Allí estaba la tragedia.

Dos sábanas cubrían los cadáveres de Ralph y Norman Heffron. Ya se habían realizado las fotografías de rigor. Los de dactiloscopia hecho su trabajo y las armas convenientemente empacadas para el laboratorio.

—¿Recuerdas el caso Judith Forrest? La chiquilla de quince años que murió por sobredosis de heroína. Una heroína comercializada por la organización de Norman Heffron. Durante las investigaciones tuve ocasión de hablar brevemente con Ralph Heffron. Me pareció un buen tipo. Distinto por completo al bastardo de su padre.

—Ya está muerto, William.

Harkins esbozó una fría sonrisa.

—¿Y qué? La muerte de Norman Heffron, que celebraré con *whisky*, no cambiará mi opinión hacia él. Era un bastardo. De seguro llegó aquí para acabar con la chica, su hijo la defendió... No, por supuesto que no era su intención matar a Ralph. El balazo en el pecho presenta quemaduras en la piel y ropa. Sin duda disputaron la posesión del arma. Luego Norman Heffron y Shirley Evans se

dispararon mutuamente.

—Estaban preparados —comentó Marty Havilland—. He interrogado al administrador del Freeman Building. Recibió algunas protestas por haber alquilado el apartamento a una mujer de color, pero no demasiado fuertes. De ahí que se olvida del asunto. No obstante la pareja recibió anónimos amenazadores. Me informó de ello uno de los recepcionistas. Puede que fuera eso lo que impulsó a Ralph Heffron a comprar la «*SuperStar*». Hoy mismo se recibió el paquete.

—Sí... Llegó muy oportunamente.

—Feas jugadas del destino, William.

—Quédate aquí ultimándolo todo, Marty —ordenó Harkins—. Voy a la Heffron Company para darles la buena noticia. Nos veremos en el Departamento.

William Harkins abandonó el apartamento.

El corredor de la novena planta estaba plagado de curiosos que esperaban con morbosos placer la salida de los cadáveres.

Harkins descendió en uno de los elevadores del edificio.

Encaminó sus pasos hacia el «Buick» estacionado frente a la entrada principal del Freeman Building. Había también una ambulancia y un auto de la Metropolitan Pólice.

William Harkins interrumpió el iniciado ademán de introducirse en el vehículo. Quedó con la mano derecha sobre la portezuela.

Uno de los coches patrulla de la Brigada Alerta Uno se aproximaba por Horn Street deteniéndose también frente al Freeman Building.

—¡Eh, Charles! —llamó Harkins, adelantándose al individuo que descendía del coche patrulla—. ¿Qué haces aquí? Te ordené...

—Ya no es necesario, William —cortó el agente Charles McMurray—. Shirley Evans ha muerto. Ni tan siquiera llegó a ser intervenida en el quirófano. Murió sin despegar los labios.

Las facciones de Harkins se endurecieron.

Giró sobre sus talones penetrando en el «Buick».

Para poder salir con rapidez de la alborotada Horn Street acopló sobre la capota la sirena de alarma acústica.

La silencia poco antes de llegar a la Bull Avenue.

El emplazamiento de la Heffron Company.

Una empresa dedicada a la exportación e importación de

maquinaria. Un buen negocio del ya difunto Norman Heffron. Uno de tantos. Una tapadera más para el tráfico de drogas, armas, falsificación de moneda...

William Harkins subió a las oficinas de la Heffron Company.

En los amplios departamentos, tanto administrativos como el de dirección, reinaba un gran revuelo. Se estaban empaquetando libros de registro, precintando archivos... Como si se fuera a hacer un traslado.

William Harkins acudió directamente a la sección de dirección.

En la antesala al despacho principal estaba Jessica.

El rostro de la muchacha no parecía acusar la preocupación reinante. Todo lo contrario. Sus ojos casi delataban un brillo de felicidad.

—Buenas tardes, muñeca.

La joven alzó la mirada.

Fijándola en Harkins.

—Lo lamento, señor. Se ha suspendido toda actividad comercial. Ha ocurrido una gran tragedia. El señor Norman Heffron ha muerto. El policía sonrió.

—¿Y eso es una tragedia? Yo echaría las campanas al vuelo.

Jessica parpadeó.

Sorprendida por el comentario.

—¿Quién es usted?

—William Harkins. Sargento de la Brigada Alerta Uno —dijo mostrando la credencial—. ¿A quién tenemos en el despacho del difunto jefe? ¿Robbins o Kennedy?

—El... el señor Robbins.

—¡El bueno de Clive! —exclamó Harkins, irónico—. No es necesario que me anuncies. Yo soy como de la casa.

Antes de que la muchacha reaccionara, William Harkins se adelantó alcanzando la puerta del despacho. La abrió sin molestarse en llamar.

Un individuo estaba tras la mesa escritorio.

Hablando por uno de los teléfonos.

—Todavía no lo sé, Sammy; pero tenemos que ser prudentes y... ¡Te llamaré más tarde, Sammy!

El hombre colgó el aparato incorporándose furioso del sillón giratorio.

—¿Cómo se atreve, sargento?... Harkins se aproximó sonriente.

—Disculpa, Clive. Yo no he recibido tu buena educación. Debo felicitarte por tu excelente servicio de información. Ya estás al corriente del suceso, ¿no? ¡Y yo que venía a informarte!

—Únicamente me ha sido comunicada la muerte del señor Heffron. No sé nada más.

Ignoro las circunstancias del hecho.

—Han muerto Norman Heffron, su hijo Ralph y Shirley Evans. Un tiroteo entre ellos.

—¿Shirley Evans?... ¿Quién es?

—¡Por favor, Clive! —sonrió Harkins, abriendo la caja de cigarros depositada sobre la mesa—. Ya están muertos. Padre e hijo. No hay nada que ocultar. Pronto se conocerán los amores de Ralph Heffron y Shirley Evans. Amores trágicamente rotos por la bestialidad de Norman Heffron. Incapaz de asimilar que su hijo se uniera a una mujer de color.

Clive Robbins parpadeó.

Con una mueca de perplejidad que parecía sincera.

—¿Ralph...? ¿Ralph Heffron con una sucia negra?

El movimiento de William Harkins fue rápido.

Sólo tuvo que alargar el brazo derecho.

Con violencia.

Descargando un brutal puñetazo al rostro de Robbins. Reventándole los labios y haciendo bailar un par de dientes que asomaron sanguinolentos.

Clive Robbins cayó proyectado sobre el sillón giratorio.

—Maldito... maldito seas..., juro que te denunciaré por malos tratos...

—No digas tonterías, Clive. Tú no acudirías a la policía ni borracho. Dime quién hizo de detective. Quiero saber quién siguió los movimientos de Ralph por orden de Norman Heffron.

—¿Por orden de Norman? ¿Insinúas que...? ¡Estás loco! Norman ignoraba ese asunto. ¿Cómo iba a sospechar que su hijo se entendía con una... con una muchacha de color? Lo ignoraba. ¡Por supuesto que lo ignoraba! Norman Heffron se encontraba radiante con su Ralph. Incluso hoy, antes del almuerzo, me habló Norman de los fabulosos planes que tenía para el futuro de su hijo. ¡Y babeaba! Sí, maldita sea... Babeaba de entusiasmo imaginando a Ralph en la

Casa Blanca.

—¿Esta misma mañana?

—Sí. ¿Iba a estar Norman tan eufórico de saber que su hijo se entendía con esa tal Shirley Evans? Le hubiera horrorizado sólo de verle hablar con una negra. Dañaría su futuro. Norman era un racista fanático.

—¿Almorzaste hoy con Norman Heffron?

Clive Robbins denegó con un movimiento de cabeza.

—Se quedó en las oficinas. Con Jessica. Bueno... quiero decir con su secretaria particular. No era la primera vez que se quedaban juntos para algún trabajo extra, ¿comprendes? —Sí, basura. Te comprendo perfectamente. Ya nos veremos, Clive. Recuerdos a los muchachos.

William Harkins abandonó el despacho. A tiempo de ver como Jessica se disponía a salir de las oficinas.

Corrió hasta alcanzarla.

—¡Eh, Jessica!... Tú eres Jessica, ¿verdad?

—Ahá.

—¿Ya te marchas?

La muchacha asintió con una sonrisa.

—Se ha decretado día de luto por la muerte del señor Heffron. Nadie trabaja.

—¿Nadie? ¿Y esos que quedan ahí dentro?

Jessica se encogió de hombros.

—Son los ejecutivos y jefes de administración. Los veteranos de la Heffron Company. Supongo que deben organizarse y decidir ante la súbita muerte del señor Heffron.

Harkins también sonrió.

Jessica, al igual que otros muchos empleados de la Heffron Company, ignoraba las verdaderas actividades delictivas de la empresa.

—Quiero hacerte algunas preguntas, Jessica. ¿Te parece bien si tomamos unas copas en el bar?

Se encaminaron hacia el *snack*-bar del edificio. Complementando con *self-service* para abastecer a la infinidad de despachos comerciales existentes en el bloque.

Se acomodaron en una apartada mesa.

—¿Almorzaste aquí con Norman Heffron?

—No.

—¿En las oficinas?

—Hoy no he almorzado con el señor Heffron.

William Harkins dirigió una penetrante mirada a la joven.

—Te quedaste con él, ¿no es cierto? Después del cierre del mediodía.

Jessica bajó la cabeza.

Incapaz de soportar los inquisitivos ojos de Harkins.

Su voz fue un susurro apenas audible.

—Sí..., me quedé con él.

—¿Recibió alguna llamada telefónica? —preguntó el policía, fingiendo ignorar la turbación de Jessica—. ¿Ocurrió algo que te llamara la atención?

—Ninguna llamada, aunque no fue como... como otras veces. Afortunadamente para mí.

Harkins sonrió.

Cordial.

—Oye, Jessica. Yo conocía bien al bastardo de Norman Heffron. Sé cómo dominaba a la gente por medio de la violencia, el chantaje, el soborno... Tú me pareces una buena chica. Ahora estás libre de Norman Heffron. Olvida tus tristes experiencias con él. Es más, te aconsejo que te despidas de la Heffron Company. No es una empresa con futuro. —Lo haré.

—No me consideres un curioso morbosos, pero quisiera saber qué alteró las... las costumbres de Norman Heffron. ¿Por qué hoy fue distinto?

Jessica esbozó una sonrisa.

—Hoy me ordenó marchar a casa. La visita de aquel hombre me libró de almorzar con el señor Heffron y de soportar luego su repugnante contacto.

—¿Qué hombre?

—No lo sé. No quiso dar su nombre. Solicitó ver a Norman Heffron para un asunto urgente y confidencial. El señor Heffron, contra todo pronóstico, se dignó a recibirle. Pensaba despacharlo en un par de minutos.

—¿No ocurrió así?

La muchacha asintió tras beber un sorbo del *gin-tonic*.

—Bueno, sí fue una conversación breve; pero que alteró por

completo a Norman Heffron. Salió del despacho con el rostro congestionado y me gritó para que me fuera de allí. Obedecí de muy buen grado.

—¿Se quedó el hombre con Heffron?

—No. Salió antes que yo. Lamento no poder informarte de su nombre. ¿Es importante?

William Harkins encendió un cigarrillo.

Ahogó un suspiro.

—No. Supongo que no. De seguro un chantajista. Alguien que descubrió las relaciones de Ralph Heffron con una muchacha de color y quiso chantajear a Norman Heffron. Ignoraba la clase de bicho que se escondía en Norman Heffron.

—No comprendo...

—Mañana lo leerás en los periódicos. Por ellos conocerás la verdad de lo ocurrido a...

Harkins enmudeció bruscamente.

Quedó inmóvil.

—¿Te ocurre algo, William?

—La verdad... conocer la verdad... Dame una descripción de ese hombre, Jessica. El hombre que visitó esta mañana a Heffron —dijo Harkins, temeroso de la sospecha que había acudido a su mente—. ¿Cómo era?

—Pues... Delgado, muy bien vestido... Pelo rubio, ojos azules, facciones pálidas y...

William Harkins se incorporó con rapidez. Ya no necesitaba seguir escuchando más.

El papel estaba sobre la mesa del inspector David Reinking.

Las palabras habían sido formuladas con letras recortadas de un periódico. Un texto breve.

«QUIEN PROFIERE LA VERDAD, PROPAGA LA
JUSTICIA»

Una cita bíblica sacada del Libro de los Proverbios. Torpemente redactada con aquellas letras de molde.

—Se acaba de recibir en uno de nuestros buzones de alcance —dijo el inspector Reinking, con tensa voz—. El sobre iba a mi nombre. No podía relacionarlo con ninguno de los muchos sucesos

acontecidos hoy en Chicago; hasta que fui informado por el sargento Harkins.

David Reinking hizo una pausa.

Alzó la mirada para contemplar uno a uno a los allí reunidos.

El teniente Salkow, el sargento Harkins y los agentes Haviland y McMurray.

—Según el sargento Harkins, el hombre que entregó las fotografías que desencadenaron la tragedia en el restaurante de Tarantini, es el mismo que informó a Norman Heffron de las relaciones de su hijo con una muchacha de color. Las descripciones facilitadas por los respectivos testigos coinciden. Un individuo joven, bien vestido, pelo rubio, ojos azules, facciones pálidas... Y para corroborar el informe del sargento Harkins, aquí está el mensaje. Primero fue telefónico. Ahora se ha atrevido a enviarnos una carta en nuestro propio buzón exterior.

—De seguro se trata de un loco.

—Posiblemente, teniente —asintió David Reinking—. Un loco... o un bromista que se divierte con el juego de la verdad. Un juego que está resultando sangriento. Sabe a quién tiene que dirigirse. Selecciona a sus víctimas. Los italianos y su marcado sentido del honor, Norman Heffron y su exacerbado racismo... Los italianos fácilmente excitables. Norman Heffron amante de la violencia. Sí, condenado sea... Sabe dónde jugar sus bazas.

—¿De qué se le puede acusar? —inquirió el agente Charles McMurray—. ¿Es delito decir o descubrir una verdad oculta?

—El inducir a la violencia puede ser considerado como grave delito.

—Disculpe, inspector; pero el más torpe de los abogados defensores saldría adelante. ¿Inducir a la violencia? Ese hombre se limita a informar, a decir una verdad... La posible reacción del afectado, violenta o pacífica, depende exclusivamente de él. Cierto que los busca ya predispuestos a reacción violenta, pero sospecho que resultaría muy difícil concretar una acusación contra nuestro hombre.

—No sólo se limita a decir la verdad.

Todas las miradas se centraron en William Harkins.

—¿Qué quiere decirnos, sargento? —interrogó el inspector.

—La «Super-Star» encontrada en el apartamento de Ralph

Heffron. La recibió hoy mismo. Horas antes de la llegada de Norman Heffron. Se supone que comprada por el joven Heffron, pero yo tengo mis dudas. Según declaraciones de uno de los recepcionistas del Freeman Building, Samuel Smith, para nosotros Ralph Heffron, no se alteró en lo más mínimo al recibir los anónimos amenazadores. Incluso bromeó sobre ellos al descubrir algunas faltas ortográficas. No se consideraba amenazado. ¿Por qué iba a comprar una pistola? Además... Ralph conocía las actividades de su padre. Una de ellas el tráfico de armas. Es de suponer que le hubiera resultado muy sencillo apoderarse de un revólver. Y aun suponiendo que comprara la «Super-Star»... ¿por qué hizo que fuera enviada a su domicilio?

—¿Insinúas...?

—Sí, Salkow. Estoy convencido de que nuestro hombre, ese defensor de la verdad, envió la pistola al apartamento de Ralph. Consciente de que Norman Heffron acudiría armado. Provocó un enfrentamiento. El que Shirley empuñara la «Super-Star». Shirley o el propio Ralph disparando contra su padre.

—Eso... eso sería diabólico.

—Lo es, Salkow.

—¡Actúen de inmediato! —exclamó el inspector Reinking—. Todos ustedes. Quiero que ese maldito loco sea identificado y detenido.

Los cuatro hombres abandonaron el despacho del inspector.

—Tuyo es lo de la «Super-Star», William —indicó el teniente Salkow—. Investiga en ello. Marty...

—¿Sí, teniente?

—Busca a Lewis y llévale a la Moody Clinic. Que haga un retrato-robot de nuestro hombre siguiendo las descripciones de Tarantini. Que perfeccione el dibujo con la secretaria de Heffron. Tú acompáñame, Charles.

Marty Havilland suspiró resignado.

Harkins le contempló risueño.

—¿Qué te ocurre, Marty?

—Esta noche había prometido llevar a Barbra al teatro. Incluso ya tenía las reservas. —El pasado año no pude asistir a tu boda con Barbra, pero prometo estar presente en tu divorcio.

Havilland hizo una mueca.

Atrapó el teléfono depositado sobre la mesa de Harkins.

—Eres muy gracioso, pero conmigo te equivocas. Barbra y yo nos queremos y somos felices. Ya sabía que se casaba con un policía.

—Dale recuerdos de mi parte.

—¿Te marchas?

Harkins tomó la chaqueta del respaldo de la silla.

—Ya tengo el nombre de la agencia que envió el paquete a Ralph. Desde que hablé con Jessica no he permanecido con los brazos cruzados. Y de un momento a otro espero novedades sobre la «Super-Star».

—Un momento, William... Desconozco el domicilio de esa tal Jessica...

—¡Lo encontrarás en mi informe! —exclamó William Harkins, alejándose por la amplia sala.

Minutos más tarde se situaba al volante del «Buick».

Ya era noche en Chicago.

Pero una ciudad como Chicago, salvaje y violenta jungla de asfalto, jamás descansaba.

CAPÍTULO VIII

Cathy Scott se detuvo bruscamente al descubrir el auto estacionado al otro lado de la calzada. Semioculto por las sombras de la noche.

Entornó los ojos tratando de escudriñar en la oscuridad.

Sí.

Era un «Cadillac». Un «coupé» de dos puertas. En su versión «De Ville». Color hueso. Un tipo de vehículo no muy frecuente en la zona.

Cathy cruzó la calzada.

Poco a poco sus carnosos labios esbozaron una sonrisa.

No se había equivocado.

Era el «Cadillac» de Howard Freeman. Y él estaba al volante. Con la mirada fija en el parabrisas delantero.

No se percató de la proximidad de Cathy.

Ni tan siquiera escuchó el taconear sobre el asfalto.

—¡Eh, Howard! —llamó Cathy, tecleando sobre el cristal de la ventanilla—. ¿Qué haces aquí?

Freeman respingó bruscamente.

Como si le despertaran de un profundo sueño. Parpadeó repetidamente a la vez que miraba a derecha e izquierda.

Descubrió a la mujer pegada al cristal.

Howard Freeman forzó una sonrisa procediendo a bajar el cristal de la ventanilla.

—Hola, Cathy... ¿Qué haces por aquí?

—Eso te preguntaba yo —sonrió Cathy, apoyando las manos en la ventanilla. Inclínada. Haciendo oscilar sus voluminosos senos—. Tu casa está unas calles más abajo, ¿no es cierto? ¡La mansión de los Freeman! Yo vivo aquí detrás. En Cabot Road.

—Yo... yo paré un momento el auto. Me pareció que el motor hacía un ruido extraño. —¿Quieres subir a mi apartamento,

Howard? Tengo una botella de champán en el frigorífico. ¿Qué te parece si nos la ventilamos?

—Gracias, Cathy, pero ya es muy tarde.

La mujer mantuvo la sonrisa en los labios.

Sin darse por vencida.

Consideraba a Howard Freeman un mirlo blanco y aquélla era la primera vez que tenía ocasión de hablar con él fuera del Stefanis. Y no quería desaprovecharla.

—Sí, tienes razón. Ya es un poco tarde. ¿Puedes darme un cigarrillo?

—Creo que tengo aquí una cajetilla de...

—¿Puedo sentarme a tu lado? —interrogó Cathy, bordeando el auto—. Sólo el tiempo de fumarme el cigarrillo.

Freeman dudó.

Sus ojos se posaron en el espejo retrovisor. Como si esperara la llegada de alguien. Luego consultó su reloj de oro.

—De acuerdo, Cathy —decidió abriendo la portezuela de su derecha—. Sólo unos minutos.

La mujer amplió la sonrisa al acomodarse junto a Freeman.

Le dedicó una maliciosa mirada.

—Tranquilo, Howard. Nadie puede vernos. La oscuridad de la noche nos protege. Máxime con la reducida iluminación de Penn Street.

—No me preocupa eso. No vamos a hacer nada malo.

—¿Estás seguro, Howard?

La mirada de Cathy fue marcadamente provocativa. Incrementada por el lascivo mohín de sus labios al succionar el cigarrillo.

Exhaló una bocanada.

Hacia Freeman.

—¿Vienes del Stefanis? —preguntó Freeman, por decir algo, turbado por la insinuante mirada de la mujer—. Estarás muy cansada, ¿verdad?

Cathy aplastó el cigarrillo en el cenicero.

Malditas las ganas que tenía de fumar.

Se reclinó en el asiento con un profundo suspirar. El ceñido suéter se tensó al máximo. Controlando con dificultad los exuberantes senos femeninos. Punzando el erecto pezón sobre la

tela.

—Muy cansada, Howard. ¡Horas y horas tras el mostrador! Sin apenas poder sentarme. De poco me sirven las medias antifatiga — Cathy se alzó la falda. Hasta mitad de los muslos—. Fíjate... Unas medias que me costaron veinte dólares. Y no sirven de nada. Un verdadero timo. Me las quitaré. No hacen más que darme insoportable calor.

Cathy alzó la rodilla izquierda.

Procedió a deslizarse la fina media por la pierna.

Lentamente.

La falda había subido aún más. Al levantar la pierna derecha mostró fugaz el negro encaje de las braguitas.

Cathy se inclinó para calzarse de nuevo los zapatos.

Sonrió al descubrir en los azules ojos de Freeman un lujurioso brillo. De ahí que mantuviera al descubierto los mórbidos muslos. Sin molestarse en bajar la falda.

Howard Freeman tomó una de las medias entre sus manos.

—Son... son muy finas... No parecen las clásicas medias antifatiga. Sospecho que te han engañado, Cathy.

La mujer rió en cantarina carcajada, no eran para paliar el cansancio, sino para incrementar la belleza de sus piernas.

—Eres un encanto, Howard. Me gustas. Puedes quedarte con esa media como recuerdo mío. Apuesto que todavía quema por el contacto con mi piel. Yo soy muy ardiente. ¿Quieres comprobarlo, Howard?

La muchacha tomó la zurda de Freeman para posarla entre los muslos. Los unió aprisionándola.

—Cathy, yo...

—Bésame, Howard, bésame...

Fue Cathy.

Fue ella la que se volcó sobre Howard Freeman. Apasionadamente. Ofreciéndole sus entreabiertos labios. Y también fue Cathy la que inició el lascivo beso a la vez que se apretaba contra Freeman. Sonrió interiormente al percibir como la zurda de Freeman se movía en audaz caricia.

—Howard... ¡Oh, Howard!... —jadeó la mujer—. Llevo mucho tiempo tras de ti... Sospecho que no te soy indiferente... Tú frecuentas el Stefanis... ¿Por qué, Howard? ¿Es por mí?

—No.

La respuesta no enfrió el fingido entusiasmo de Cathy.
Consciente de que estaba frente a un individuo extraño.
Sonrió apretujándose más contra él.

—Eres demasiado sincero, Howard. Al menos sí te gustaré —dijo Cathy, intentando besarle de nuevo—, ¿no es cierto?

—Debes irte, Cathy.

La mujer parpadeó.

—Pero...

—Te daré veinte dólares. Así podrás comprarte unas medias que te proporcionen buen descanso y...

—¡Al diablo con las medias! —exclamó Cathy, separándose furiosa. Reconociendo su fracaso—. ¡No quiero medias de abuela! Demasiado sé que éstas no son medias para el descanso.

—Pero tú habías dicho...

—Te mentí.

Howard Freeman chasqueó la lengua.

Movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Eso no está bien, Cathy. Hay que decir siempre la verdad.

La mujer abrió el salpicadero del auto para atrapar la cajetilla de tabaco. Ahora sí necesitaba un cigarrillo.

—Eso es. Sólo faltaba eso. Que me sermonearas.

—Es por tu bien, Cathy. De seguro no tienes quien te aconseje. Vives sola, ¿cierto? —¡Oh, no!— dijo la muchacha con sarcástica mueca. —Nada de eso. Tengo un precioso gato.

Howard Freeman no pareció percatarse de la marcada ironía empleada por la mujer.

—Yo tengo a mi madre. Y es ella la que me dice que no debo mentir. Jamás. Hay que decir siempre la verdad.

Cathy le dirigió una perpleja mirada.

—¿Tu... tu madre?

—Eso es, Cathy —sonrió Freeman, feliz y orgulloso—. Mi madre es la que me aconseja todos los días.

—Pero... tu madre está muerta, Howard. Murió hace años en...

Cathy enmudeció al contemplar la mueca que se reflejaba en el rostro de Freeman. Al descubrir el siniestro brillo en sus azules ojos.

—¿Por qué has dicho eso, Cathy?

—Es... es la verdad...

—¡Mientes!... ¡Mientes, maldita!... ¡Ésa no es la verdad!... ¡No es verdad!

Cathy se ladeó para abrir la portezuela y salir del auto.

No lo consiguió.

Sintió que algo se enlazaba a su cuello. Algo sedoso y delicado. Una de las medias de nylon.

Howard Freeman tiró de los extremos.

Cathy, aunque abrió desmesuradamente la boca, ya no pudo gritar. Sólo su lengua agitándose convulsa. Sus ojos desorbitados contemplaban alucinados la llegada de la muerte. Y lejana, cada vez más lejana, le llegaba la voz de Freeman.

—¡Mientes!... ¡Mientes!... ¡Mientes!...

CAPÍTULO IX

Jacqueline Parson apresuró el paso al adentrarse por Penn Street. Aquel trayecto, hasta que desembocaba en la Yates Avenue, estaba sumido en una oscuridad casi total. Tres días por semana realizaba Jacqueline aquel mismo camino. Y en cada uno de ellos se decía a sí misma que no volvería por allí, que bordearía Penn Street hasta llegar a la Yates Avenue y...

Allí estaba de nuevo.

En la inquietante oscuridad de Penn Street.

Las mismas pisadas de Jacqueline, su alegre taconear, resonaban fantasmales en la silenciosa calle. Ciertamente atravesar Penn Street significaba un gran adelanto de camino. El «bus» la dejaba en The Clover y, con sólo recorrer Penn Street, se llegaba a la longitudinal Yates Avenue. Allí tenía Jacqueline su apartamento.

Sí.

Bordear significaba mucha pérdida de tiempo. Máxime después del cansancio acumulado tras un día de duro trabajo en la Moody Clinic.

Jacqueline volvió a repetirse que sería la última vez que transitaba por Penn Street en plena noche. Tropezó con algo.

Era un zapato. Un zapato de mujer. Moderno. De flexible piel. Un zapato de elevado precio.

Jacqueline esbozó una sonrisa.

La propietaria estaría tirándose de los pelos por haber perdido aquel zapato. De poco le serviría haber conservado el otro.

Le leve sonrisa desapareció bruscamente del rostro de Jacqueline.

Había descubierto el segundo zapato.

Sólo que éste permanecía unido al pie.

Jacqueline contempló perpleja y atemorizada a la mujer que yacía de bruces sobre el asfalto. Junto al bordillo de la calzada. El

rostro pegado al cemento y semioculto por el abanico de sus largos cabellos.

Podía tratarse de un desmayo o una agresión.

Jacqueline se inclinó sobre la mujer para interesarse por su estado.

No llegó a tocarla.

Lo que vio fue más que suficiente.

Primero los ojos de la mujer, semiocultos por los cabellos. Unos ojos abiertos. Muy abiertos. Hasta casi salirse de las órbitas. Luego el rostro desencajado por una mueca de terror. Una mueca que sólo originaba la visión de la muerte. Y por último la media de nylon muy ceñida al cuello.

Sí.

Todo aquello fue más que suficiente para Jacqueline.

Con desgarrador grito de horror emprendió veloz carrera por Penn Street. Hasta alcanzar la Yates Avenue. No cesó en su carrera. Ni tan siquiera se percató del «Buick» que se le venía encima por cruzar temerariamente la avenida.

Sólo la habilidad del conductor evitó el atropello.

El auto frenó con estridente chirriar.

—¡Maldita sea!... ¿Está loca? —exclamó el individuo del «Buick»—. ¡He podido matarla!

Jacqueline había caído al suelo.

Antes de que llegara a incorporarse ya estaba a su lado el hombre del «Buick».

—Jacqueline...

La muchacha parpadeó.

Reconoció al individuo.

—Usted... tú... eres policía, ¿verdad? ¡Eres un policía!

William Harkins sonrió ayudando a la joven.

—No te preocupes, Jacqueline. No voy a detenerte por irrumpir temerariamente en la...

—¡Está muerta, William!... ¡Estrangulada con una media!

Harkins arqueó las cejas.

—¿De qué estás hablando?

—Allí... En Penn Street —señaló Jacqueline con temblorosa mano—. Una mujer... en el suelo... Creí que se había desmayado, pero está muerta... ¡Estrangulada!

—Sube. Vamos a echar un vistazo.

Jacqueline obedeció dócilmente.

Subieron al «Buick».

William Harkins hizo girar el volante a la derecha adentrándose en Penn Street. Hizo caso omiso a la señal de dirección prohibida.

Accionó la máxima potencia a los faros.

—¡Allí, William!

Sí.

Harkins también había descubierto el cuerpo enfocado por los faros del auto. Un cuerpo femenino caído sobre el asfalto. Junto al bordillo. Como si hubiera sido arrojado de un vehículo en marcha.

William Harkins descendió del «Buick».

—¿Has tocado algo, Jacqueline? Aunque sólo fuera un mechón de sus cabellos. —No..., nada..., no me ha atrevido.

—Tanto mejor —dijo el policía, inclinándose sobre el cadáver. Apartó los sedosos cabellos descubriendo el crispado rostro de la mujer—. No hay duda de que ha sido...

—¡Dios mío!

William Harkins alzó la mirada hacia la joven.

—¿La conoces, Jacqueline?

—Sí... Es Cathy. Ignoro su apellido, pero trabaja en el Stefanis. Un *snack* de Holt Road.

Muy cerca de aquí.

Harkins acudió hacia el «Buick».

Tomó el micro.

Durante unos breves minutos estuvo conversando por radio con la Unidad Central de la Brigada Alerta Uno. Y también fueron pocos los minutos de espera. Pronto se escuchó el ulular de una sirena. Y de inmediato la luz roja giratoria sobre la capota del primero de los coches.

Llegaron dos vehículos.

Instantes después una ambulancia.

William Harkins conversó con los policías recién llegados.

Seguidamente acudió junto a Jacqueline Parson.

La muchacha aún mantenía una tenue palidez en su rostro.

—Sube, pequeña. Te llevaré a casa.

Jacqueline desvió la mirada. Contemplando como el cadáver de Cathy era cubierto por una sábana.

Fue William Harkins quien, tomando del brazo a la joven, la obligó a introducirse en el «Buick».

—Has dicho en la Yates Avenue, ¿verdad, Jacqueline?

—Sí... El 2071.

El sargento de la Brigada Alerta Uno maniobró dando marcha atrás hasta desembocar en la Yates Avenue.

Enfiló para poco después detenerse ante uno de los edificios de la amplia avenida.

—¿Tienes... tienes que irte, William?

Harkins sonrió.

Comprendiendo el temor que todavía dominaba a la muchacha.

—Dispongo de algún tiempo. ¿Me invitas a un *whisky*?

—Te agradezco que me acompañes, William —susurró Jacqueline, esbozando una sonrisa—. Sigo... sigo un poco asustada.

Descendieron del «Buick».

—Asesinatos, violaciones, robos con homicidio... Todo eso es habitual en Chicago, Jacqueline. Todos los días. Lamentablemente casi llega uno a acostumbrarse a la barbarie humana.

—Yo... yo jamás podría acostumbrarme. Mi trabajo en la Moody Clinic también es en ocasiones muy triste, pero allí nos esforzamos por salvar vidas.

Penetraron en el 2071 de Yates Avenue.

Caminaron hacia el elevador.

Jacqueline pulsó uno de los últimos botones del panel de la cabina.

—¿Vas a hacerte cargo del caso, William?

—No. El sargento Segram, un compañero de la Brigada Alerta Uno, se ocupará de ello. Yo estoy investigando otro asunto. Precisamente me encontraba por esta zona trabajando en él.

Abandonaron el ascensor.

Jacqueline abrió su bolso de mano para sacar una llave que introdujo en la cerradura de una de las puertas del corredor.

Pasaron al apartamento.

La muchacha accionó la iluminación del *living* y la del contiguo salón.

—Siempre me prometía a mí misma no volver por Penn Street durante la noche —sonrió nerviosamente Jacqueline, despojándose de la capa—. A partir de hoy sí cumpliré mi promesa. La Moody

Clinic no está lejos de aquí. Durante el día el corto trayecto lo hago en compañía de unas amigas que trabajan también conmigo. Ni tan siquiera nos molestamos en coger el auto o un medio de transporte público. Durante la noche es diferente. Tomo el «bus» que me deja en The Clover y luego atravieso Penn Street para ganar tiempo.

—Y sustos.

La sonrisa de Jacqueline fue ya menos forzada.

—Sí... aún me tiemblan las piernas de tanto correr.

Y continuo empapada en sudor. Un sudor frío que no me ha abandonado desde que... —Olvídalo ya, Jacqueline— Harkins acudió hacia el mueble bar que adornaba uno de los rincones del salón—. ¿Te preparo algo?

—Un *brandy* me hará bien. ¿Me disculpas...? Regreso en unos minutos.

En el mueble-bar botellas de *brandy*, *whisky*, vodka y licores de baja graduación alcohólica en recipientes de fino cristal tallado.

William Harkins se decidió por una copa de *brandy*.

No quiso quitar el precinto a la botella de Johnnie Walker.

Avanzó hacia el ventanal del salón. Lo abrió saliendo al balcón.

Encendió un cigarrillo.

Una magnífica noche. Ni frío ni calor. La oscuridad y el silencio dominaban aquella parte de la ciudad. Una placentera calma. Y sin embargo, a poca distancia de allí, una mujer había sido asesinada.

No.

No había lugar para la paz en la jungla de asfalto.

—Ya estoy aquí. Me he dado una ducha rápida y me encuentro mucho mejor.

Harkins giró.

Contempló a la joven.

Jacqueline había reemplazado su uniforme de enfermera por una larga bata de seda que anudaba a su cintura. La punta de los cabellos, sin duda los mechones que escaparon bajo el gorro del baño, aparecían húmedos.

—¿Cuál... cuál es mi *brandy*? —interrogó Jacqueline, algo turbada por la penetrante mirada del policía—. ¿Éste?

—Ahá.

—¡No cierres el balcón! —exclamó la muchacha, impidiendo la acción iniciada por Harkins—. Se está bien así.

Jacqueline se había dejado caer en el sofá que ocupaba el centro de la estancia.

William Harkins acudió a su lado.

—Bien te burlaste de mí en la Moody Clinic, William. ¡Y apuesto que fuiste tú quien proporcionó los cigarrillos al señor Tarantini!

—¿A que se encuentra ya mucho mejor?

Jacqueline rió a la vez que movía de un lado a otro la cabeza.

—Eres un cínico. Me engañaste por completo, aunque ciertamente no tienes aspecto de policía. Incluso ahora me sorprende que seas sargento de la Brigada Alerta Uno. Es la sección policíaca con más prestigio de todas las existentes en Illinois.

—Yo fui uno de los fundadores del nuevo departamento, Jacqueline. ¡El teniente Harkins!

—¿Teniente?

—Sí. Me degradaron hace un par de años. Hablemos de ti. Lo mío es demasiado sórdido. —¿De mí?— la joven depositó la copa de *brandy* sobre la cercana mesa. —Poco puedo decirte. Soy enfermera y me gusta mi profesión. Me gusta ayudar al prójimo.

—¿Siempre, Jacqueline?

Se miraron a los ojos.

Intensamente.

William Harkins tomó a la muchacha por los hombros. Lenta, muy lentamente, la atrajo contra sí para besarla en los labios.

Con dulzura.

—Quedé maravillado de ti en la Moody Clinic... apenas verte... fue como la aparición de un ángel...

—Sigues burlándote de...

Jacqueline no terminó la frase.

Sus labios nuevamente prisioneros de Harkins.

Ahora el beso fue más apasionado.

Más ardiente.

William Harkins, sin interrumpir el beso, mordisqueando los labios de Jacqueline, la fue reclinando con suavidad sobre el sofá. Sus manos deslizaron la bata por los torneados hombros femeninos.

La besó en el cuello.

El lazo que anudaba la bata quedó libre dejando de ceñir la cintura. Sólo un minúsculo *slip* bajo la bata. Los senos, breves y puntiagudos, se ofrecieron a las caricias de Harkins.

—Voy a cerrar el balcón, apagar la luz y...

—No, William... No te vayas ahora —la muchacha retuvo la cabeza de Harkins contra sus trémulos senos—. No te separes... no es necesario que...

Harkins no se hizo de rogar.

Volvió a hundir su rostro entre los cálidos pechos de Jacqueline. Acosándolos con enfebrecido chasquear de besos.

—Tienes razón, Jacqueline..., nadie puede vernos... William Harkins estaba equivocado.

Sí podían verles.

De hecho estaban siendo observados en aquel mismo instante. Alguien seguía con unos prismáticos la amorosa escena.

Unos ojos azules que destellaban furiosos.

Con odio.

Con diabólico brillo.

CAPÍTULO X

Henry Rogers descargó el hacha sobre el madero troceándolo en dos.

Entornó los ojos al ver al individuo caminar por el pequeño jardín que circundaba el *bungalow*.

—Hola, Henry. ¿No me recuerdas?

Henry Rogers empequeñeció aún más los ojos. Molesto por el sol que le daba en la frente. Paulatinamente su rostro fue dibujando una sonrisa.

—Howard... ¡Howard Freeman!

Los dos hombres estrecharon sus manos.

—En efecto. Henry. Pasaba por aquí y al verte en el jardín decidí parar y saludarte. ¿Qué es de tu vida?

—¡Magnífico, muchacho!... ¡Todo marcha a la perfección! Sigo con tratamiento, pero ya no es como antes. Se puede decir que estoy totalmente recuperado. Me cuido y me cuidan, Howard. Apenas salgo de aquí. Soy feliz en este pequeño mundo que mi familia ha construido para mí. Nada de emociones fuertes. Ni tan siquiera leo los periódicos. —Entonces... ¿tus ataques epilépticos?

Henry Rogers sonrió.

Era un individuo de unos cincuenta años de edad. De frente abombada, nariz ancha y boca grande.

—Tú sabes que padezco lo que se denomina psicosis epiléptica. Fui tratado por los siquiátras sin que se encontrara solución para mi mal. Son altibajos de la mente. «Estados crepusculares de la mente», decía el doctor Jewison.

Recuerdas al doctor Walt Jewison, ¿verdad?

Las pálidas facciones de Howard Freeman se endurecieron.

—Oh, sí... el doctor Jewison. El maldito doctor Jewison.

Rogers chasqueó la lengua.

Palmeó el hombro derecho de Freeman.

—Sigue mi método, Howard. Nada de recordar el pasado. Tú pasaste también una larga temporada en el Sanderson Canter. Y por supuesto no resulta agradable recordar todo aquello. Los dos estamos ya recuperados. Tú tienes un magnífico aspecto. Al igual que yo.

—¿En verdad que te encuentras bien, Henry?

—Como un roble. Y aquí me tienes, muchacho. Partiendo leña. Mi esposa Stella, mi hija Susan, el pequeño Henry, los vecinos... Todos me ayudan, Howard.

Freeman dirigió una mirada a izquierda y derecha.

—¿Está la familia en casa?

—Stella está con una vecina. La de ese *bungalow* —señaló Rogers la vivienda contigua—. Y Susan en casa, escuchando música como siempre. Henry se queda a almorzar en el colegio. ¿Por qué no almuerzas tú con nosotros?

—¡Oh, no!... Turbaría la paz familiar.

—¿Por qué dices eso? Stella te aprecia. Se alegrará de verte.

—Gracias, Henry, pero prefiero declinar la invitación. No hay nada mejor que la familia.

Y lo poco que te queda de vida debes dedicarlo por completo a ellos. A los tuyos.

El rostro de Rogers reflejó una mueca de estupor.

Parpadeó forzando una sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes mal aspecto, Henry. Estás muy delgado. Te recuerdo en el Sanderson Center con tu vigorosa corpulencia.

—De eso hace ya un año. El haber adelgazado no...

—Empezaste a perder peso hace cuatro meses —interrumpió Freeman, con extraño brillo en sus azules ojos—. Después del chequeo médico en el Fleming Hospital.

—Pues... sí, posiblemente.

—¿Qué resultado dio el chequeo, Henry?

—Ninguna anomalía física. Los ataques epilépticos son como los terremotos. Imposible definir cuándo van a originarse y el daño que pueden causar; pero si no se profundiza en la tierra, si se suspenden las explosiones subterráneas y demás, tal vez nunca ocurra el terremoto. Mi mente está ahora en placentera calma.

—No te han dicho la verdad, Henry.

—¿La verdad?... ¿Quién?

—Esos informes del Fleming Hospital. —La propia Stella me dijo que...

—También ella te mintió, Henry. Los doctores del Fleming Hospital y tu esposa te ocultaron la verdad. ¿Quieres saberla, Henry? ¿Quieres conocer la verdad?

Rogers sacudió la cabeza.

Aturdido.

—No... no te comprendo. ¿Qué tratas de decirme?

—¿Yo? Nada, Henry. Adiós.

—¡No, espera!... Un momento. Sí... sí quiero conocer la verdad. ¿Qué es lo que me ocultan?

—Tu enfermedad, Henry. Te queda muy poco de vida. Tienes un tumor maligno. Un cáncer incurable.

Terminará contigo muy pronto. Lo lamento, Henry.

Howard Freeman giró sobre sus talones.

Encaminándose hacia la pequeña cerca que limitaba el *bungalow*. Cruzó la calzada en dirección al estacionado «Cadillac».

Se acomodó al volante iniciando la marcha.

Un corto trayecto.

Apenas unas veinticinco yardas.

Manipuló en el espejo retrovisor para poder contemplar mejor la escena. Sonrió ante la inmovilidad de Henry Rogers.

Como una estatua.

Sí.

Henry Rogers estaba como paralizado. Y así permaneció durante unos instantes. De pronto, esa aparente calma se transformó en desatada cólera. Comenzó a gritar en desgarradores alaridos. Gritos infrahumanos. Se arrojó al suelo golpeando y arañando la tierra.

Del *bungalow* vecino salió una mujer.

—¡Dios mío!... ¡Judith!... ¡Avisa a Mickey!... Necesitaré ayuda.

—¡Espera, Stella! —exclamó una voz desde el *bungalow*—. ¡Espera a Mickey!

Stella Rogers hizo caso omiso del consejo de su vecina.

Corrió hacia Henry Rogers.

Bajo el porche apareció una muchacha de unos quince años de edad.

—¡Rápido, hija! —ordenó Stella—. ¡La inyección!... ¡Prepara la

inyección!

Henry Rogers gateó por el suelo.

Hasta que sus crispadas manos tropezaron con el hacha.

Se incorporó. Con el rostro desencajado. Ojos alucinados. Escupiendo espuma por la boca... y el hacha en su diestra.

—¡Oh, Henry!... ¡Cariño!... ¡Debes...!

Un siniestro silbar rasgó el aire.

La hoja de acero se hundió brutalmente en el rostro de Stella. Destrozándolo. Con espeluznante manantial de sangre. Hasta casi dividirlo en dos.

Mickey Hoover, el vecino del *bungalow* contiguo, detuvo su carrera horrorizado.

Justo en el momento en que salía Susan con la jeringuilla preparada.

—¡Atrás, Susan!... ¡Vuelve dentro! —gritó Mickey Hoover—. ¡Enciértrate en la casa!

No.

La joven no pudo obedecer. Sus ojos estaban fijos en el destrozado y sanguinolento rostro de su madre. Y el horror la paralizó.

Lo demás fue muy rápido.

Henry Rogers, rugiendo como un poseso, había levantado de nuevo la ensangrentada hoja. El hacha volvió a hundirse salvajemente.

Sobre la cabeza de Susan.

A la altura de la frente.

Fue como el reventar de un melón.

Y Susan Rogers cayó sin vida. Frágil. Como una muñeca rota...

Mickey Hoover reaccionó abalanzándose sobre el enloquecido Rogers. Los dos hombres rodaron por el suelo. Los espeluznantes alaridos de Henry Rogers resonaban con estruendo.

Hoover, aunque de más fuerte complexión, fue incapaz de contener el virulento ataque de Henry Rogers. Éste parecía dotado de satánica fuerza destructora. No soltó el hacha.

Se revolvió convulso hasta zafarse de Mickey Hoover.

Y la hoja volvió a teñirse en sangre.

Una y otra vez.

El hacha fue abatiéndose sobre Hoover. Su rostro, su pecho...

El ulular del coche patrulla ni tan siquiera llegó a oídos de Henry Rogers. Prosiguió hasta convertir el cuerpo de Hoover en pulpa.

Y luego comenzó a destruir los cristales de las ventanas a golpes de hacha.

Sus gritos eran ya coreados por los vecinos que, a prudente distancia, contemplaban la tragedia.

El coche de la Metropolitan Pólice se detuvo con ruidoso chirriar de frenos. Junto al jardín del *bungalow*. Descendieron dos agentes uniformados.

Henry Rogers sí acusó ahora la presencia.

Y corrió hacia ellos.

Con la ensangrentada hacha en alto.

Gritando endemoniado.

—¡Por todos los...! —exclamó uno de los agentes—. ¡Alto!... ¡Alto!

—¡Dispara ya, Oliver! —gritó el otro policía.

Sí.

No había otra solución.

El policía, que ya empuñaba su revólver reglamentario, accionó el gatillo. Cuando ya Henry Rogers estaba a menos de cuatro yardas.

El balazo le detuvo.

Entre ceja y ceja.

Henry Rogers se desplomó.

El alucinante y sangriento espectáculo había terminado.

De ahí que Howard Freeman, desde el interior de su «Cadillac», iniciara la marcha del vehículo. Con una sonrisa de felicidad iluminando sus pálidas facciones.

William Harkins y Marty Havilland contemplaron la fotografía.

A todo color.

Un paquete de copias se veía sobre la mesa escritorio.

—Según Jessica y Tarantini es realmente como una fotografía. Algo perfecto. Más que un retrato-robot.

—Okay, Marty. Que se distribuya entre los agentes de la zona de Barrio Cabot.

—¿Sigues opinando que es el campo de acción de nuestro

hombre?

Harkins encendió un cigarrillo.

Reclinándose en el asiento.

—Tengo esa corazonada, Marty. La Dawson Agency, la que envió el paquete al joven Heffron, está enclavada en Barrio Cabot. El encargo fue hecho por un chiquillo. De ahí que en la agencia no me hayan facilitado dato de interés alguno. Un chiquillo con el paquete a enviar y el importe de la tarifa. ¿Por qué no acudió personalmente nuestro hombre a la Dawson Agency?

—Es buena lógica no quería ser visto.

—¿Por qué no? Su descripción ya nos fue facilitada por testigos de la boda en el restaurante Tarantini, por la secretaria de Norman Heffron... Sospecho que es conocido en Barrio Cabot. Puede que en la Dawson Agency le identificaran. De ahí que enviara al chiquillo. La «Super-Star» fue adquirida recientemente por un camionero. Un tal Frank Cohen. Le he localizado esta mañana. Dice que hace un par semanas se encontraba en un motel de Wyler Hill enseñando la pistola a unos amigos. Al salir un individuo le ofreció comprarla por el triple de su valor.

—Un individuo de pelo rubio, ojos azules y facciones pálidas.

—Ahá.

—Pues poco hemos adelantado, maldita sea.

—Esperemos que el retrato-robot nos conduzca a él. ¡Animo, Marty!

El agente Havilland, con una mueca de escepticismo, tomó el paquete de copias y abandonó el despacho.

A los pocos minutos irrumpió un individuo en la estancia.

—¡Eh, William!...

—¿Qué ocurre, Roy?

—Hay una llamada para el inspector Reinking. ¿Te la paso? El inspector no está y...

—¿Quién le llama?

—No ha querido decir su nombre. Es un fulano muy impaciente y nervioso. Puede que ya haya cortado la comunicación. Le advertí que...

—¡Maldita sea! —interrumpió Harkins—. ¡Localiza esa llamada, Roy! ¿En qué línea está?

—La cuatro.

William Harkins se precipitó sobre el interfono situado sobre la mesa. Tomó el micro pulsando la palanca correspondiente.

—¿Sí?

A través del micro sólo le llegó un agitado respirar.

Instantes después sonó la voz.

—Usted... usted no es el inspector Reinking.

—No, no lo soy —respondió Harkins—. Soy uno de sus hombres de confianza. Su colaborador en el caso del restaurante Tarantini y en el del Freeman Building.

Se escuchó una risita nerviosa.

—Ah... Hablo con el agente Havilland, ¿no es cierto?

William Harkins apretó con fuerza el micro.

Aquel bastardo parecía estar al corriente de muchas cosas.

—Soy el sargento Harkins.

De nuevo una pausa.

La voz sonó ahora más dura.

Despectiva.

—El sargento Harkins... El degenerado William Harkins...

—¿Degenerado? No me conocía esa faceta, pero si...

—No puedo perder más tiempo, sargento —interrumpió secamente la voz—. Estoy en Sinton Boulevard. A poca distancia del 1231. Un *bungalow* donde hace pocos minutos un hombre ha conocido la verdad y la verdad le ha hecho libre.

Sí.

Harkins captó la referencia a la cita bíblica. Famosa por figurar a la entrada del cuartel general de la C.I.A. «Conocerás la verdad y la verdad te hará libre».

—Oiga, amigo. Me gustaría...

Harkins enmudeció.

Habían cortado la comunicación.

Se incorporó abandonando el despacho.

—¡Roy!...

—¡Lo tengo, William! Hemos localizado la llamada. Desde una cabina pública de Sinton Boulevard. Ya he cursado orden de que todo coche patrulla próximo acuda y detenga al individuo que está en la cabina.

—¿Has dicho Sinton Boulevard? —inquirió otro policía del departamento—. Hace unos minutos se registró un informe en la

Unidad Central relacionado con un suceso en un *bungalow* de Sinton Boulevard.

—¿El 1231?

El policía parpadeó fijando la mirada en Harkins.

—Pues... sí, sargento. En el 1231 de Sinton Boulevard.

—¿Qué ocurrió?

—Un individuo, en un súbito ataque de locura, ha dado muerte a su esposa, hija y un vecino. Fue abatido por un agente de la Metropolitan Pólíce. Desconozco más datos del suceso.

Un hombre, su esposa, hija...

William Harkins apretó con fuerza las mandíbulas. Sintió deseos de llorar.

CAPÍTULO XI

William Harkins contempló la esfera del reloj.

—Debo irme, Jacqueline.

—Pero... si acabas de llegar. Quedamos en almorzar juntos.

—Eso he hecho —sonrió Harkins, llevando su diestra al bolsillo interior de la chaqueta—. Una sándwich y una jarra de cerveza. Hay días en que ni eso puedo tomar. Ayer te prometí que pasaría por la Moody Clinic y almorzaríamos juntos. Aquí estoy. Añadiré algo... ha sido el sándwich más delicioso de mi vida. Amenizado por la mirada de tus bellos ojos.

—¡Oh, William!... Me gustaría que te quedaras un poco más.

—También a mí, Jacqueline; pero llevo un caso entre manos que debo solucionar cuanto antes.

Harkins consultó el *ticket* de la consumición. Extrajo unos dólares de la cartera. Al hacerlo le cayó una fotografía que rebotó sobre la mesa.

—¿Qué es esa fotografía, William?

—Un retrato-robot.

—¿Un retrato-robot? ¿Significa que estáis buscando a ese hombre?

William Harkins interrumpió el iniciado ademán de guardar la fotografía en la cartera.

Extendió la cartulina hacia la muchacha.

—Sí, Jacqueline. Le buscamos. ¿Te resulta familiar?

La joven posó sus ojos en la fotografía.

—Es él... Su rostro delgado, el pelo rubio, los ojos azules... Supongo que al acentuar el blanco de su rostro es pensando en la palidez de sus facciones, ¿no es cierto?

Harkins parpadeó.

Perplejo.

—Sí... así es, Jacqueline. ¿Le conoces? ¿Quién es?

—Jamás he cruzado unas palabras con él, pero le conozco. Howard Freeman. Se puede decir que le veo todos los días.

—Howard Freeman...

—¿Por qué se le busca? ¿Ha hecho algo malo?

—¿Dónde vive, Jacqueline? —interrogó Harkins, con visible excitación—. ¿Dónde puedo localizarle?

—Pues... no sé cómo explicarte. La mansión de los Freeman está en Barrio Cabot, una desviación de Bryan Road...

—¡Acompáñame, Jacqueline! ¡Ahora mismo! Llévame a esa mansión de los Freeman.

—Pero... mi servicio... entro dentro de...

—¡Al diablo con eso! —Harkins arrojó unos dólares sobre la mesa—. ¡En marcha!

Tomó a la muchacha por el brazo obligándola a incorporarse. Abandonaron la Moody Clinic.

—Ni tan siquiera me has permitido comunicar con la enfermera jefe —protestó Jacqueline.

Harkins abrió la portezuela del «Buick».

—No hay tiempo. Y no te preocupes de eso. Yo asumo toda responsabilidad.

—Muy gracioso. ¿Y quién eres tú? ¿El gobernador del estado?

William Harkins maniobró dejando atrás el *parking* del Moody Clinic.

—Es un asunto muy serio, Jacqueline. Ese tal Howard Freeman, si resulta ser el hombre que busco, es un fulano peligroso.

La joven rió divertida.

—Lo dudo. Por su aspecto es incapaz de matar una mosca.

—Tal vez, Jacqueline. El no mata, pero impulsa a los demás al crimen.

William Harkins, a grandes rasgos, explicó a la muchacha lo acontecido en el restaurante Tarantini, el enfrentamiento entre los Heffron, lo del *bungalow* de Sinton Boulevard...

—¿Qué te parece? —concluyó el policía—. ¿Nos enfrentamos o no a un tipo peligroso?

Un loco con su satánico juego de la verdad.

—Dios mío... Sí, es él... Coincide...

Harkins arqueó las cejas.

Desvió momentáneamente la mirada del parabrisas para fijarla

en Jacqueline.

—¿El qué coincide?

—Freeman... Howard Freeman... salió hace aproximadamente un año de un centro psiquiátrico. Estuvo recluido en el Sanderson Center durante más de cinco años. Sometido a intenso tratamiento psiquiátrico. Fue internado a la edad de quince años. Un suceso conocido por los viejos habitantes de Barrio Cabot. La todopoderosa familia Freeman. El viejo Paul Freeman, fundador de un imperio... —¿Paúl Freeman? ¿El del Freeman Building y demás construcciones de Chicago? ¿Howard Freeman es hijo del viejo Paul Freeman?

—Oficialmente lo es. Te explicaré... Paul Freeman contrajo matrimonio con Doris Woodward. Tuvieron tres hijos. Howard, Clive y Sharon. Howard fue el primogénito. Nació prematuramente. A los seis meses de la boda. Se crió débil y enfermizo. Paul Freeman lo consideró debido al prematuro parto, pero no era cierto. El escándalo estalló a los siete años del matrimonio. Howard no era hijo de Paul Freeman. Fue engendrado antes de la unión. Su padre era un vulgar empleado a sueldo de la empresa Freeman.

Cuando Doris Woodward se casó con Paul Freeman, ya estaba embarazada.

—¿Qué ocurrió luego?

—Paul Freeman repudió a su mujer y al hijo. Les cedió la mansión de Barrio Cabot y él se instaló en la central de Peoría. No quiso saber más de ellos. Les dejó unas propiedades, el Freeman Building entre ellas, que son administradas por un grupo de abogados que pasan una cantidad mensual con arreglo a los beneficios. Doris se encerró en el caserón con su hijo Howard. Apenas salía de allí. Se enclaustró voluntariamente. Y el pequeño Howard pagó las consecuencias. Recibió una educación severa, marcada por rígida moral, por principios religiosos en un grado de fanatismo, por una exacerbada defensa de la verdad... Ésa era la obsesión de Doris. El haber ocultado la verdad a Paul Freeman. Haberle engañado. El propio Paul Freeman aseguró que la hubiera perdonado de conocer la verdad desde el principio... La infancia de Howard fue un continuo cautiverio. Dominado por su madre, por su defensa a ultranza de la verdad... Doris, cuando murió, estaba también bajo tratamiento psiquiátrico.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—El doctor Collins, uno de los médicos de la Moody Clinic, trató a Doris Freeman. Me habló de ello. Me interesé en la historia de Howard Freeman.

—¿Por qué?

Jacqueline esbozó una sonrisa.

—Sospecho que Howard está enamorado de mí.

Harkins respingó.

Nuevamente fijó sus ojos en la muchacha.

—Sí, William. Ésa es mi sospecha —prosiguió Jacqueline—. Hace unos cinco o seis meses le vi por primera vez cuando yo salía del Stefanis. El pasaba con su «Cadillac» frente al *snack*. Y al día siguiente le descubrí junto a la barra, Y así todos los días. Mirándome, sin atreverse a decirme nada... Yo, al principio, no reparé en ello. Mi desayuno en Stefanis es en hora de máxima concurrencia. Fueron mis compañeras las que repararon en Howard. Desde entonces también yo me percaté de que era admirada en silencio. Todos los días en Stefanis, por las noches su «Cadillac» en calles de mi recorrido... Me informé de que era Howard Freeman, recién salido de un centro psiquiátrico. Hablé con el doctor Collins y me contó la triste historia. Cuando Doris Freeman murió, su hijo Howard contaba quince años. Y desde los siete, cuando se descubrió su ilegitimidad, apenas pisó la calle. Sin amigos, sin relacionarse con nadie... Sólo con su madre, con una mujer desquiciada por un sentimiento de culpabilidad, amargada por perder a sus hijos Clive y Sharon, repudiada por su marido...

El auto ya circulaba por Bryan Road.

William Harkins no necesitó preguntar.

Descubrió el caserón. Rodeado de alta muralla. Una vieja casa en lo alto de la empinada Bryan Hill. Una vetusta construcción de dos plantas y desván. Tal vez señorial antaño, pero ahora totalmente desfasada.

—Es de suponer que Howard Freeman disfruta de dinero en abundancia, ¿no es cierto?

—Pues... sí. Según el doctor Collins, los administradores que controlan los bienes legados a Howard, se pagó con generosidad los cuidados en el Sanderson.

Center. Sin reparar en gastos para su completa curación. El resto, elevadas sumas, impuesto en su cuenta corriente. Howard

Freeman, al ser dado de alta, lógicamente puede disponer de su fortuna.

—¿Qué me dices del viejo Paul Freeman y los hermanos Clive y Sharon? Creo recordar que Paul Freeman murió...

—Hace tres años —concretó Jacqueline—. Jamás se relacionó con Howard. Ni se interesó lo más mínimo por su suerte en el centro psiquiátrico. Ignorado por completo. No es un Freeman de sangre. Sólo lleva el apellido por generosidad del ya difunto Paul Freeman.

William Harkins detuvo el «Buick» a poca distancia de la reja de la muralla.

Descendieron del vehículo.

—William..., ¿qué piensas hacer?

—Conversar con el bueno de Howard. Hoy ha tenido un día agotador. Por poco le atrapamos en una cabina de Sinton Boulevard; pero el muy maldito... —No está su «Cadillac».

La reja no tenía cierre.

Harkins empujó la pesada hoja de hierro.

—Le esperaremos, aunque mejor sería que tú te...

—Voy contigo —dijo Jacqueline, sin dejarle terminar.

Bordearon el seto hasta llegar al amplio porche de la casa.

William Harkins pulsó el llamador. Una y otra vez. Al no recibir respuesta, rebuscó en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Qué... qué haces?

Harkins sonrió mostrando un pequeño objeto metálico.

—Esto abre todas las puertas. Una especie de ganzúa mágica.

—Pero... eso... eso que haces va contra la... la...

—Cuarta enmienda a la Constitución —terminó Harkins, franqueando la puerta—. Yo soy un policía muy peculiar. ¿Por qué crees que me degradaron?

Jacqueline hizo un mohín.

—Empiezo a comprenderlo.

Penetraron en la casa.

Existía una atmósfera húmeda. Cargada. Falta de ventilación. Los muebles del amplio *hall* en perfecto orden. Todo muy limpio.

Harkins fue abriendo todas cuantas puertas encontró a su paso.

La cocina, salón, biblioteca...

—Los dormitorios deben estar en la planta superior.

—William...

—¿Sí?

—¿No... no te has dado cuenta? Sobre la mesa de la cocina hay dos cubiertos sin limpiar, dos juegos de servilletas en el carro de servir, dos juegos de...

—Puede que Howard no esté tan solo y tenga una amiguita.

Subieron por la escalera principal.

Inspeccionaron las habitaciones. Grandes, frías, con una decoración severa y triste. Era como visitar un mausoleo.

—¿Qué buscas realmente, William?

—Nada. Simple curiosidad —Harkins se encaminó hacia la escalera de caracol—. Éste es el mejor lugar para esperar a Howard Freeman.

Subieron a la buhardilla.

Lo primero que llamó la atención a Harkins fueron los prismáticos colgados junto al ventanal del desván. También Jacqueline reparó en ello.

—Desde aquí, desde esta altura, se domina gran parte de Barrio Cabot.

—Y mi casa —murmuró Jacqueline, señalando con la mano derecha—. Es aquélla. Mi apartamento es el que asoma por entre aquellos dos bloques.

—Sospecho que Howard te ve todos los días salir del baño y...

William Harkins se interrumpió.

Le pareció oír un ruido.

No se equivocó.

Por la escalera de caracol subía Howard Freeman.

La palidez de Howard Freeman se acentuó aún más. Semejando una máscara de cera. Sus ojos brillaron furiosos, aunque al posarse sobre Jacqueline se suavizaron.

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo se ha atrevido a entrar? ¡No tenía derecho, policía! Tú... tú sí, Jacqueline. Tú sí puedes entrar en mi casa... es... es tuya...

Harkins sonrió.

—Hola, Howard. Nos conoces bien, ¿verdad? Tienes dinero y mucho tiempo. Puedes dedicarte por completo a husmear en la vida del prójimo. En sacar a flote los trapos sucios.

—Sólo la verdad —replicó Freeman, adquiriendo sus azules ojos

un extraño brillo—. Sí..., me intereso en alguien, le sigo, investigo, pregunto... De no descubrir algo importante busco otro candidato, pero todos ocultan algo. Todos tememos a la verdad.

—Okay, bastardo. Vas a acompañarme.

—¿De qué piensa acusarme, sargento? ¿De pregonar la verdad? ¿Es un delito? Mi madre me sacará en un abrir y cerrar de ojos. Tiene amigos muy poderosos.

Mi madre contratará los mejores abogados, ¿comprende?

William Harkins y Jacqueline intercambiaron una mirada.

—Sí, Howard. Comprendo perfectamente y...

Harkins enmudeció.

Había descubierto, sobre el camastro, una media de nylon. Se aproximó tomándola entre sus manos. Desvió la mirada hacia Freeman. La palidez de éste era ya cadavérica. Con un visible temblor en sus manos.

—¿Qué es esto, Howard? ¿Te permite tu... madre visitas femeninas? No, por supuesto. No había asociado el hecho. Tú no eras un asesino. Lo tuyo es un siniestro juego de la verdad que provoca sangrientas víctimas preseleccionadas; sin embargo Cathy Scott trabajaba en Stefanis. ¿Qué ocurrió, Howard? ¿Esta media pertenecía a Cathy?... ¡Tú la mataste!

—No... no...

Harkins atrapó al individuo por las solapas zarandeándole.

—Puedo averiguarlo con sólo compararla a la que ciñó el cuello de Cathy, pero tú me dirás la verdad. No mientas, Howard. Tú no puedes mentir. Recuérdalo. ¿Mataste a Cathy Scott? ¡Dime la verdad!

—La verdad...

—Sí, Howard. Tienes que decir la verdad. Lo sabes.

Los azules ojos de Freeman se nublaron.

Comenzó a llorar.

—Sí... tengo que decir la verdad... siempre... Yo... yo la maté... ¡Maldito!... ¡Maldito policía!... ¡Tú has corrompido a Jacqueline!... ¡Jacqueline es mía! Iba a presentarla a mi madre... mi madre daría la conformidad para la boda...

Freeman se abalanzó sobre el sargento.

William Harkins esquivó con facilidad el ataque para seguidamente esposar al individuo.

—En marcha, Howard.

—Maldito... maldito... también a ti te llegar la verdad... Al igual que le ha llegado al agente Havilland.

—¿Qué quieres decir? ¡Responde, hijo de perra!

Howard Freeman pasó del llanto a una risa histérica.

—Marty Havilland... le he telefoneado hace pocos minutos... le he dicho que en la cabaña catorce del motel de Wyler Hill encontraría algo muy interesante.

—El motel de Wyler Hill... Allí compraste la «Super-Star» para...

—Mi presencia en Wyler Hill era motivada por investigar a un seleccionado. ¿Qué encontrará el agente Havilland en la cabaña catorce? A su amada esposa Barbra.

Compartiendo el lecho con un hombre menos ocupado que Marty Havilland.

Freeman acentuó sus dementes carcajadas.

Mientras William Harkins palidecía.

EPÍLOGO

William Harkins frenó bruscamente el «Buick». Jacqueline se golpeó contra el cristal delantero, pero eso pasó desapercibido para Harkins. Descendió del vehículo. En el jardín que bordeaba el motel estaba Marty Havilland. Caminando por el sendero alfombrado de flores. Con los últimos rayos del sol dorando las ramas de los árboles.

—¡Marty!... ¡Marty!...

Havilland giró la cabeza.

Sonrió al descubrir la presencia de su compañero que corría hacia él.

—Hola, William... El estar aquí significa que ya sabes lo ocurrido.

—Sí... Hemos descubierto a nuestro hombre. Resulto ser también el asesino de Cathy Scott, la chica estrangulada en Penn Street. Un loco que pasará el resto de sus días en un centro psiquiátrico.

—¿De veras? Un tipo, curioso... me telefoneó, ¿sabes Willíam?
—Sí, Marty. Lo sé, pero ignoro lo ocurrido en la cabaña catorce, Los dos hombres se miraron fijamente.

—Ha ocurrido algo muy importante —murmuró Havilland—. Un hombre ha sido destrozado. Un hombre llamado Marty Havilland. Una tal Barbra y su acompañante siguen perfectamente.

—Marty...

—Por favor, William. Déjame... Quiero... necesito estar solo.
Havilland se alejó.

Seguido de la mirada de Harkins. Éste permaneció inmóvil. Hasta que sintió unas manos presionarle el brazo derecho.

—William...

—Nada de lo que temíamos ha ocurrido, Jacqueline, Hay hombres que sí saben enfrentarse a la verdad. Por dura y amarga

que sea. Marty estaba muy enamorado de su esposa. La amaba con todas sus fuerzas.

—No era digna de él, William.

—Tal vez, aunque es difícil ser la mujer de un policía. Debe acostumbrarse a estar mucho tiempo sola.

—Te equivocas, William. Si en verdad le ama no puede estar sola. Su recuerdo permanece con ella. Le acompaña en la impaciente espera. Yo sí sería una buena esposa para un policía.

Se miraron a los ojos.

Y ambos esbozaron una sonrisa.

Se alejaron entrelazados. Sin decir palabra. Respaldados por los rojizos rayos del sol ya próximo a ocultarse tras el horizonte.

En sentido contrario al de Marty Havilland. Éste caminaba sin esperanza. William Harkins y Jacqueline en busca de la felicidad.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

